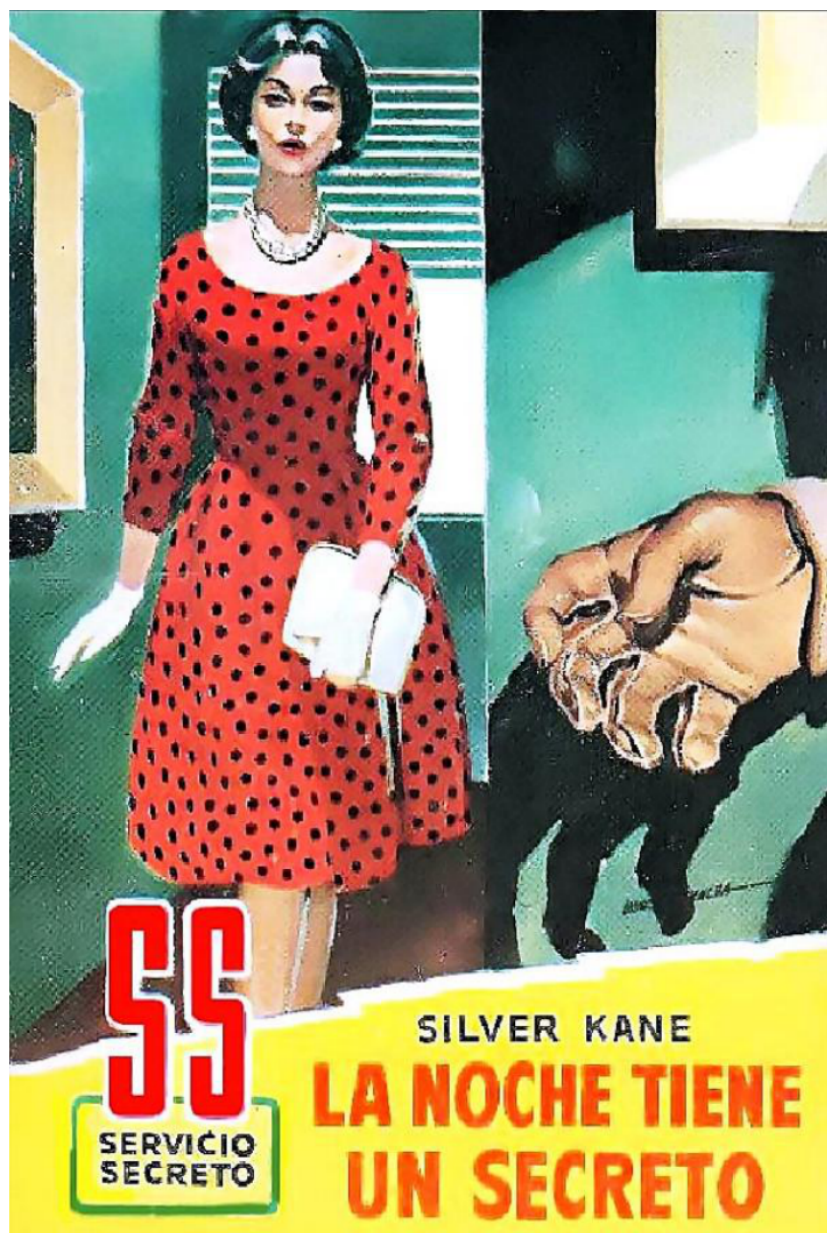




LA NOCHE TIENE UN SECRETO

SILVER KANE

La noche tiene un secreto

1.ª EDICIÓN

MAYO-1959



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPÓSITO LEGAL B 3.416-1959

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© SILVER KANE-1959

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona**

¿Existe el crimen perfecto?

Alguien creyó que sí. Y SILVER KANE nos explica su historia a través de las páginas de esta novela que bien pudiera titularse SUSPENSE.

INTRODUCCIÓN

La mujer era joven, bonita. Tenía esa belleza y esa distinción que sólo poseen del todo las mujeres que ya desde niñas han sido bien alimentadas, bien educadas, bien vestidas. Poseía esa fragancia de las muchachas que siempre han estado envueltas en pieles finas, en nylon de calidad, en seda natural importada de Italia. Era un maravilloso adorno para una maravillosa bombonera como su casa de la Séptima Avenida, cuyas habitaciones, además de con muebles caros, estaban ornamentadas con cuadros de Cézanne, Toulouse Lautrec, Renoir, Picasso, Utrillo y modernos bocetos de Dalí.

Pero dejemos la habitación para ocuparnos sólo de la mujer.

Tendría unos veintisiete años.

No era, por consiguiente, una niña y estaba ya en su plena madurez física. Quiere eso decir que tenía todo lo necesario y un diez por ciento más en concepto de carestía de vida. Su cintura era estrechísima, casi una maravilla, y eso hacía resaltar aún más la amplitud y desarrollo de sus caderas torneadas. Sus piernas eran largas, esbeltas, nada delgadas, y estaban enfundadas en fino nylon. Su busto resaltaba agresivo bajo un «sweter» a la última moda.

Y sin embargo, la muchacha no tenía nada de provocativa. Más bien, si uno tuviera que definir con una sola palabra sus ojos azules, diría que eran unos ojos inocentes.

Otro detalle que ayuda a redondear la imagen de la mujer: tenía buen gusto y era muy rica.

Se llamaba Nadine.

Nadine entró en su departamento de la Séptima Avenida con algunos amigos entre los cuales se contaban varios periodistas y críticos teatrales. Les dijo que esperasen en el salón tomando algún combinado mientras ella se cambiaba de ropa para la fiesta de la noche, y los visitantes, ya que no podían admirarla a ella, se

quedaron admirando los cuadros de firmas famosas mientras Nadine pasaba a sus habitaciones privadas.

Éste fue el principio de todo.

Eran entonces exactamente las ocho de la noche.

La hora quedó grabada con exactitud en la mente de todos porque Rudolf Stolcken, el crítico de arte del «Journey's» tuvo la desgracia de que una de las botellas con las que preparaba combinados cayera encima de su muñeca. El cristal de su reloj se rompió y la máquina quedó parada. Todos vieron entonces que era esa hora: las ocho en punto de la noche.

Fue en ese momento cuando se oyó el grito.

No fue un grito como tantos, uno de esos gritos que suele lanzar una mujer asustada. Fue un verdadero grito animal. Fue un grito de horror que salía del fondo de los nervios, de las fibras musculares, de la sangre.

Todos quedaron como petrificados.

Algunas copas cayeron al suelo.

Rudolf Stolcken gritó:

—¡Ha gritado Nadine!

Todos corrieron hacia las habitaciones particulares de la dueña de la casa.

Ésta estaba derribada de bruces sobre la cama, a medio vestir.

Gritaba horriblemente, como una condenada o como una loca.

Frente a la cama, a muy poca distancia de ésta, había un armario ropero completamente abierto.

Y sobre Nadine, aplastándola con su peso, el cuerpo de otra mujer.

Esa mujer estaba muerta.

I

LOS SOSPECHOSOS

La sala para los detenidos del Precinto número 18 se hallaba completamente llena.

El teniente Larsen entró, hizo una seña al agente que estaba de guardia y gritó cuatro nombres:

—¡Burton, Sanders, Power, Neil!

Cuatro hombres que figuraban entre los detenidos se pusieron lentamente en pie.

—¿Qué hay, teniente? ¿De qué nos van a acusar esta vez? ¿De haber asesinado al Presidente Lincoln?

El agente gritó:

—¡Silencio!

—No se preocupe, Ted —dijo el teniente Larsen—. Que griten cuanto quieran. Conviene que tengan la garganta bien dispuesta para cuando empiecen a confesar esta noche...

—¿Qué hago con ellos, teniente?

—Sepárelos de toda esta gentuza, no sea que se me contaminen. Páselos a la otra sala.

El agente gritó:

—¡Arreando, infecciosos!

Los cuatro tipos, Burton, Sanders, Power y Neil, se pusieron en fila, como si estuviesen recordando viejos tiempos de presidio, y pasaron a la otra sala.

En ésta no había nadie con aspecto de detenido. Por el contrario, tres hombres irrepudablemente vestidos y una mujer con aspecto de gran dama, eran sus únicos ocupantes.

Burton preguntó:

—Esto es muy extraño, teniente. ¿De qué nos van a acusar? ¿De

un robo de joyas de gran altura?

—No tengo ganas de bromear, Burton. Cierra el pico.

—Pero es que nunca había estado entre gente tan chic, Esta señora, por ejemplo, va vestida a lo gran bombón...

—¡Cállate de una vez!

Larsen, que era un resentido con úlcera de estómago, le pegó en la boca con el canto de la mano, haciéndole sangrar. Burton se aguantó.

Los tres hombres y la mujer miraban aterrorizados a aquella especie de chusma.

El gran reloj eléctrico de pared que había en la sala marcaba en aquel momento las nueve y media de la noche.

—No me gusta esto... —murmuró Neil en voz muy baja—. Nunca me habían mezclado con gente tan bien vestida. Éste debe ser un asunto feo...

En ese momento el agente que estaba de guardia en la puerta del despacho del capitán Patterson, gritó:

—¡Neil!

Neil se puso en pie.

Era el más joven de los cuatro.

Tenía una bonita historia como ladrón de los muelles y escalador de pisos donde vivieran mujeres solas. Sospechoso de asesinato en primer grado. Cinco años en Sing-Sing por robo con fractura.

Pero de todos modos Neil tenía cara de buen chico.

Patterson le indicó:

—Siéntate.

—A sus órdenes, capitán.

La puerta del despacho se había cerrado.

—¿Qué pasó con aquel asesinato en primer grado del que te acusaban, Neil?

—Absuelto. Falta de pruebas.

—¿Quién te pagó el abogado?

—Yo trabajo solo, capitán. Ya sabe que soy buen chico. Mis ahorros...

—¿Dónde te han detenido?

—En los *docks* del muelle norte. Iba a tener una aventura con

una chica, una conquista. Un verdadero bombón, capitán. No hay derecho que le pongan a uno la zarpa encima cuando la cosa está tan madura.

—¿Cuándo conociste a esa chica?

—¡Uy! ¡Hace años!

—¿La conocías hace hora y media, es decir, a las ocho en punto?

—Pues... no.

—¿Dónde estabas a esa hora?

—Paseaba por los *docks* buscando alguna oportunidad.

—¿Tú solo?

—Solo.

—Siento que no tengas coartada mejor, Neil.

—Pero, en el nombre del cielo, ¿de qué se trata? Han cogido a muchos tipos en la redada y, sin embargo, sólo hemos sido separados nosotros cuatro. ¿Y qué significa esa gente tan bien vestida de ahí fuera? ¿De qué cuerno se nos acusa?

Patterson sacó del cajón central de su escritorio una fotografía todavía fresca.

—De esto.

La fotografía representaba una mujer de cerca de veinticinco años, una mujer que debió haber sido muy bonita cuando estaba viva. Ahora ya no lo era. La fotografía tenía todo ese horrible realismo que siempre tienen las fotografías obtenidas por orden del forense. Había tres o cuatro detalles que contraían la garganta. Principalmente el lazo de seda que la mujer aún tenía atado al cuello.

Neil suspiró:

—Ésa no es mi forma de trabajar, capitán...

—Pero ¿conocías a esta mujer?

—Sí... Es Persica Nibols, la que estuvo enredada hace un par de años en aquel feo asunto del robo de los brillantes.

—No fue un asunto feo, Neil; fue un asunto horrible.

—Si lo dice por lo de los muertos...

—Lo digo por todo. Y no voy a perder más tiempo contigo, Neil. Tenías motivos personales para odiar a Persica y eres uno de los pocos hombres de Nueva York que podían haber llegado hasta aquel sitio escalando las paredes. No tienes ninguna coartada que cubra la hora en que se cometió el asesinato. ¡Agente Morgan!

El policía que estaba de guardia en la puerta entró. Patterson dijo:

—Encierre a éste en celda individual. Y hágame pasar a Power.

Power era de mediana edad, un poco encorvado, y tenía un aspecto más bien siniestro. Vestido de negro de pies a cabeza, quiso reír ante el capitán y sus labios sólo formaron una mueca.

—¿Quién es esa chica de la fotografía, capitán?

—Mírala bien.

Power la miró. Y de pronto su garganta se contrajo para lanzar una especie de gemido.

—¡Persica Nibols!

—Tú trabajaste con ella en el asunto de los brillantes, Power. Tienes que recordarlo.

—Claro que lo recuerdo, capitán. Pero no se me pudo probar nada. ¿A qué resucitarlo ahora?

—Aunque no se te pudo probar, como bien dices, tú me confesaste una vez que eras el encargado de transportar los cadáveres, Power.

—Ahora el asunto ya está liquidado y no tengo por qué negarlo.

—¿Qué motivos de odio tenías contra Persica Nibols?

—Trabajé para ella y cuando todo se fue al infierno ella me abandonó, como nos abandonó a todos. Pero eso es frecuente en las aficionadas, que se desmoronan al primer choque. Persica no me inspiraba odio; me daba asco.

—¿Dónde estabas a las ocho?

—A las ocho... Déjeme recordar... ¡Ah, sí! Debía estar probando suerte ante una máquina tragaperras de «Joey's», en la calle Treinta y Ocho.

—¿Quién estaba contigo?

—Pues... nadie.

—¿Te vio alguien entrar o salir?

—Lo natural es que me vieran, pero no puedo precisar...

—Vas a tener que pasar la noche aquí, Power. Mañana será informado el fiscal del distrito para que confirme tu detención o te ponga en libertad. ¡Agente Morgan!

Morgan entró.

—Celda individual. Que pase Sanders.

Sanders, el más viejo de los cuatro, se sentó. Llevaba siempre

una roseta negra en el ojal. Recuerdo de los tiempos en que fue un prestigioso empresario de pompas fúnebres.

—¿A qué negocios te dedicas ahora, Sanders? —preguntó Patterson.

—¡Bah! Cosas...

—¿Vas a abrir otra vez la agencia?

Sanders rió sin ganas.

—No puedo, capitán. Los muertos no vendrían por allí. Y no tendría clientela...

Patterson le tendió la fotografía.

—¿La reconoces?

—¡Cielos! ¡Persica Nibols!

—¿Por qué la odiabas tanto, Sanders?

—Oiga, capitán, yo... Yo sé a dónde quiere ir a parar. Si digo que la odiaba me cuelga el sambenito. Con Persica nos enfadamos cuando aquel asunto de los brillantes, y nada más. No la había vuelto a ver. Por mí, como si quería vivir cien años.

—No los ha vivido, Sanders.

—Ha debido ser... un crimen horrible.

—Y muy especial. Muy adecuado a la mentalidad de un hombre que tuvo durante años una de las mejores agencias de pompas fúnebres de Nueva York. ¿O quizá no?

—Yo ya no tengo pulso ni fuerza para matar a una mujer de esa manera, capitán.

—¿No? ¿Quién crees entonces que puede haber cometido el crimen?

Sanders dijo sin vacilar:

—Novalsky.

Novalsky. Fue la primera vez que en las investigaciones se pronunciaba aquel nombre. Patterson, sin saber bien por qué, miró instintivamente su reloj de pulsera.

Faltaban en aquel momento cuatro minutos para las diez de la noche.

Burton estaba sentado ante el capitán.

Burton era el peor vestido de los cuatro sospechosos. Llevaba un jersey de lana blanca muy mugriento y roto, una cazadora de piel y unos pantalones tejanos. Sus botas de media caña eran tejanas también. Burton quería parecer un «teddy-boy», o sea una especie

de chulo de calleja de los que encantan a determinada clase de chicas. Pero lo único que conseguía era dar pena.

Patterson le preguntó:

—¿Qué sabes de Novalsky?

—¿Novalsky? No lo he visto nunca.

—Pero sabes quién es.

—¡Oh, claro!

—¿Conoces a alguien que lo haya visto?

—Sí, incluso aparecieron algunas fotografías durante el proceso.

O sea que en realidad le he visto, capitán, pero fue en las páginas de los periódicos. Aparte de eso, ahora no le conocería.

—¿Por qué?

—Porque le cambió la cara.

Patterson hizo un guiño, sin comprender, y volvió a mirar otra vez su reloj de pulsera.

Las diez y diez.

—¿Dices que le cambió la cara? ¿Cómo puede cambiar la cara de una persona adulta?

—Yo creí que conocía esa historia, capitán.

—A Novalsky lo capturaron los federales y yo no intervine para nada en el asunto. Además, no puedo ocuparme de lo que ocurre fuera de las paredes del Precinto. Hay aquí mucho trabajo.

—Novalsky fue llevado a Leavenworth, capitán, con una condena de cinco años.

—¿Y qué?

—¿Recuerda el motín que hubo hace un año, cuando los presos incendiaron parte del penal? Pues Novalsky estaba allí. Estaba en una de las celdas que se incendiaron.

—Si Novalsky está en Leavenworth, no puede ser el asesino —dijo Patterson por todo comentario.

—¿Quién ha dicho que puede ser él?

—Lo ha dicho Sanders. Pero sigue con tu historia.

—Novalsky estaba en una de las celdas incendiadas —siguió Burton—. No hubo manera de sacarlo de allí a tiempo. La cara se le quedó hecha migas.

—¿Quieres decir que se convirtió en un monstruo?

—No lo sé, capitán.

—Sólo entiendo la mitad de lo que dices, Burton. Si Novalsky se

quemó la cara, ¿no cambió algo su aspecto?

—Supongo que sí, capitán, y desde luego imagino que se convertiría en algo así como un espectro, un ser de pesadilla. Pero en la misma prisión estaba encerrado Larvey, aquel cirujano que se hizo famoso por sus intervenciones al cambiar la cara a criminales perseguidos por la Ley. Ese hombre le intervino, le hizo una operación maestra y le cambió la cara por completo.

—¿Cómo no se hizo publicidad de este asunto?

—Todo lo relativo a aquel motín en el penal fue deliberadamente silenciado por las autoridades. Recuerde que no dejaron acercarse a ningún periodista.

—¿Y qué cara tiene ahora Novalsky?

—Pues... podría tener la mía... o la suya, capitán.

—No entiendo.

—Pues es muy sencillo, capitán. La cara de Novalsky que se conserva en los archivos oficiales y en las redacciones de los periódicos ya no sirve para identificarle. Ese hombre tiene ahora una cara completamente distinta, que, como es natural, supongo habrá sido fotografiada para los archivos de la prisión de Leavenworth.

Patterson descolgó el teléfono.

—Pídame una conferencia con la prisión de Leavenworth, en Kansas —ordenó.

Luego se volvió de nuevo hacia Burton:

—Olvidémonos de Novalsky. Si está cumpliendo condena no puede haber cometido el crimen. Todo puede haber sido una maniobra de Sanders para desviar nuestra atención. ¿Cuánto tiempo hace que no veías tú a Persica Nibols?

—¡Hum! Dos años.

—Ella fue testigo de cargo en tu proceso, aunque luego te condenaran a una pena ridícula. ¿Recuerdas?

—Sí.

—¿Recuerdas también que juraste matarla?

—Bueno, yo he jurado tantas cosas...

—Y todas las has acabado cumpliendo, Burton, todas. Incluso la de asesinar a Persica.

—¡Capitán!...

—No te hagas el niño imbecil, Burton. No me convencen ahora

ni me convencerán nunca tus carantoñas. ¡Agente Morgan!

Morgan ya estaba en la puerta, tieso como un palo, antes de que Patterson le llamara.

—¿Celda individual, capitán?

—Celda individual e incomunicación absoluta. Prepare los impresos para el fiscal del distrito, Morgan.

El agente salió en compañía de Burton. Burton era el más abatido de los cuatro porque se daba cuenta de lo que todo aquello significaba.

Eran en aquel momento las diez y veinticinco minutos.

Morgan entró de nuevo.

—Hay tres personajes más en la sala, capitán. Y con aspecto empingorotado.

—Son tan sospechosos como cualquiera de esos cuatro maleantes que acaban de salir.

—No ha dado mal resultado la redada, ¿efe?

—La costumbre de salir de caza siempre que se comete un crimen importante es una buena costumbre, Morgan. Gran parte de las veces se caza al asesino antes de que haya tenido tiempo para preparar nada. Pero me parece que en crímenes como éste no van a dar resultado las medidas rutinarias.

—¿Cree que el asesinato de Persica Nibols tiene relación con aquel macabro asunto de los brillantes?

—No lo sé.

Patterson encendió un cigarrillo.

—Haga pasar a la dama.

La dama pasó.

Tendría unos cuarenta y cinco años y trataba de aparentar veintisiete. Con esto está dicho cómo era su vestido, cómo eran sus maneras, cómo era la delicada puntillita de Brujas que le asomaba coquetonamente por el escote...

Se sentó frente a Patterson y cruzó las piernas. Patterson no las miró.

—¿Señorita Burst?

—Sí, capitán.

—Usted estaba en la pequeña recepción que pensaba darles Nadine Shelley, ¿no es así?

—¡Oh, claro que estaba, capitán! ¡Y qué horrible situación! ¿Se

da cuenta?

—Me doy perfecta cuenta de todo lo que ocurre, señorita Burst. Pero usted no estaba en el salón, con todos, cuando se cometió el crimen.

—¿Quiere decir que se cometió estando nosotros en la casa?

—En su informe provisional, el forense dice que Persica Nibols acababa de morir cuando su cuerpo fue descubierto.

—¡Qué horror!

—¿Dónde estaba usted cuando se oyó el grito de Nadine Shelley, señorita Burst? —preguntó fríamente el capitán.

La mujer se sonrojó.

—Estaba en el tocador, arreglando mi peinado.

—¿Quién la vio?

—Pues... nadie, naturalmente. ¡No faltaba más! En nuestro país los tocadores de las señoras son lugares estrictamente privados.

—¿Qué hizo al oír el grito?

Ella rió. Y por primera vez el capitán Patterson se fijó en la mujer con atención.

Tenía una risa extraña. Una risa inhumana, se podría decir. El capitán no supo definirlo en el primer instante. Pero era una risa siniestra la que flotaba en aquellos labios.

—Conteste —exigió secamente.

—Pues... fui a la habitación, corriendo como todos. ¡Oh, claro está que yo no pude cometer ese horrible crimen, capitán!... Además, fue una cosa de pésimo gusto.

—¿Qué vio usted?

—Primero las espaldas de todos, que estaban quietos e inmovilizados por el horror.

—Luego admite que cuando entró usted en la habitación ya todos los demás estaban en ella, ¿eh?

—Bueno, pues...

El capitán tomó nota.

—Siga.

—Fue una cosa de muy mal gusto porque dio la sensación de que la pobre Nadine estaba aplastada por la mujer muerta.

—Explique esa sensación.

—Imagino a Nadine abriendo aquel armario ropero. El cadáver debía estar apoyado en las puertas, de modo que cayese al abrirse

éstas. Y para Nadine debió ser como si, de repente, el cadáver saltase sobre ella. Una cosa blanda que cae, que viene hacia los ojos... Nadine debió lanzar un grito y cayó sobre la cama. Pero el cuerpo de Persica Nibols cayó justamente sobre ella, aplastándola con su peso. Nadine no podía moverse. No hacía más que gritar, gritar... Fue entonces cuando entraron todos. Yo nunca olvidaré esos gritos...

El capitán estaba estirado en su sillón, quieto. Se dio cuenta con sorpresa de que la mano con la que empuñaba el lápiz se había quedado rígida. Unas gotitas imperceptibles de sudor frío brotaron en su frente. Se sentía nervioso, intranquilo... ¡Él, que llevaba más de cuatro años en el Precinto 18!

—Usted iba a casarse hace un año, señorita Burst —dijo de pronto, recobrando todo su aplomo.

—Sí, es cierto. No comprendo cómo saben todo eso ya. Trabajan ustedes aprisa.

—Iba a casarse, con un hombre llamado Steve Len.

—Sí.

—Y ese hombre se volvió loco por Nadine Shelley.

La mujer echó la cabeza hacia atrás mientras apretaba los labios.

—Sí.

—Nadine se rió de él una vez lo tuvo a sus pies, y como hubo un buen escándalo, Steve Len no tuvo más remedio que marchar una larga temporada fuera de los Estados Unidos. Está en Cuba, ahora, si no recuerdo mal. Su boda se rompió, señorita Burst.

—No trato de negarlo. Todo el mundo lo sabe, y hasta apareció mi retrato en algunas revistas escandalosas. Todo el mundo lo sabe menos la policía, claro, Ustedes no se preocupan de las comidillas de la alta sociedad.

—La boda se rompió por culpa de Nadine...

—Sí, pero no le guardo rencor. Yo sé perder, capitán. Por si esto fuera poco, no han asesinado a Nadine, sino a una amiga suya.

—Pudo haber una confusión. Ambas eran jóvenes, bonitas, y el dormitorio estaba a media luz. No descarto la posibilidad de que el asesino se confundiera. Otra cosa: ¿qué relaciones unían a Persica Nibols con Nadine Shelley?

—Eran amigas desde mucho tiempo atrás. Todo el mundo lo sabía.

—¿Estaba Persica invitada a la reunión?

—No lo sé. Posiblemente lo estaría.

—Este punto lo aclarará la misma Nadine. Muchas gracias, señorita Burst. Ha sido muy amable.

—Pero... ¿no me detiene?

—Cualquiera diría que está usted un poco defraudada.

—Oh, sí. Pensaba que sería divertido pasar una noche en una de esas horribles celdas.

—Pase la noche en su casa, señorita Burst, y no se mueva de allí. Es posible que un agente pase a comprobarlo aunque sea a las tres de la madrugada.

—Pero ¿por qué? ¿Es que teme que se repita otra vez ese horrible crimen?

—Sólo sé —dijo el capitán Patterson—, que Nadine Shelley ha sido también amenazada de muerte.

Eran las once de la noche.

El capitán Patterson tenía deshechos entre los dientes los restos del cigarro que antes encendiera. Los primeros interrogatorios al caso Shelley ya estaban concluidos y los tres hombres que también asistieron a la reunión en compañía de Elena Burst ya habían salido hacia sus domicilios con la advertencia, de que no los abandonaran bajo, ningún concepto aquella noche.

Allí, en la carpeta que acababa de abrirse sobre el caso, estaban sus nombres:

Lynn Flanagan.

Percy Bradford.

Henry Garley.

Los tres habían declarado cosas muy semejantes a las declaradas por Elena Burst. Los tres parecían consternados, pero todos tenían algún motivo de odio contra Nadine Shelley o contra Persica Nibols.

Ocho personas, según pensaba Patterson, podían haber cometido el crimen.

Y así estaban las cosas cuando se recibió la conferencia con la presión de Leavenworth.

Patterson pidió por radio dos fotografías de la «nueva cara» de

Novalsky.

—No podremos enviarlas por radio —le contestaron—. Está estropeado nuestro emisor. Saldrán por avión inmediatamente.

—Es una seria dificultad. No podrán estar aquí hasta mañana.

—Las tendrá al amanecer, capitán. Pero no es ésa la única dificultad.

—¿Cómo? ¿Hay otra?

—Precisamente estamos enviando a todo el país las circulares para «busca y captura». Novalsky logró fugarse de la prisión de Leavenworth ayer por la mañana.

II

COMIENZA LA NOCHE

El reloj del «*snack-bar*» señalaba justamente las doce.

Poca gente en la barra. En el tocadiscos, una canción de Elvis Prestley. Dos parejas arrullándose en un rincón. Sobre la barra, una revista de aventuras de horror, en cuya portada se veía a un hombre con la cara quemada, un verdadero monstruo, persiguiendo a una mujer a lo largo de un pasillo inacabable.

El relato se titulaba:

«El asesino de la medianoche»

Junto a la revista, un doble de *whisky* de no muy buena calidad. Y frente al *whisky* un hombre.

El capitán Patterson miró la revista al pasar y luego puso un brazo sobre la espalda del hombre.

—Hola, Janiro.

Janiro vestía una gabardina clara, tenía los cabellos ligeramente rubios, las facciones enérgicas y duras y la tez tostada por el sol. En ciertos momentos podía parecer un vaquero recién llegado de Texas. Pero no había sido vaquero jamás.

Dijo:

—Hola, Patterson.

—Imaginaba que te encontraría aquí, muchacho.

—Sí. Siempre «aparco» en este antro antes de irme a casa. ¿Qué ocurre, Patterson? ¿Han dictado orden de detención contra mí?

—No llegan a tanto, muchacho. Aunque un Tribunal de Honor te suspendiera durante seis meses, sigues siendo un teniente de la

Metropolitana.

—Hasta que me pongan a dirigir el tráfico, capitán.

—Bueno, menos bromas. Estás de un humor condenado esta noche. Beberé algo contigo.

Pidió otro *whisky* doble y cuando se lo sirvieron miró a Nick Janiro.

—Te acuerdas de Persica Nibols, ¿no?

—Claro que me acuerdo... ¿Está de broma?

—Esta noche la han asesinado.

Temblaron un poco, sólo un poco, los párpados de Janiro.

—¿Dónde?

—En casa de Nadine Shelley.

—¿Y cómo?

—Estrangulada con un lazo. Dispongo de ocho sospechosos, pero aún no barrunto quién pueda ser el culpable.

Janiro bebió de un solo trago el contenido de su vaso.

—A la salud de Persica Nibols —dijo—. O mejor: a su memoria.

—Tú no le tenías simpatía. ¿Verdad?

—Nadie ha dicho eso.

—Pero tú eras el novio, o algo parecido, de Nadine Shelley. Se hablaba de que os ibais a casar. Creo que una vez me dijiste que no te casabas con ella porque tenía demasiado dinero.

—Así es.

—Pero Persica Nibols se puso por medio, empezó a decir que tú le parecías muy atractivo y tuvisteis un serio disgusto, ¿no?

—Nadine era algo celosa, y Persica algo entrometida. Pero la cosa no tuvo gran importancia.

—De todos modos tú querías a Nadine.

—¿Por qué dice eso con tanta seguridad?

—Porque cuando en el asunto de los brillantes apareció enredada Persica Nibols, tú hiciste marcha atrás inmediatamente para que Nadine no se viera envuelta sólo por el hecho de ser amiga suya.

—Nadine no era culpable ni podía serlo nunca. Tampoco lo era Persica. El proceso lo demostró.

—El proceso sólo demostró que el fiscal sabía muy pocas cosas acerca del asunto de los brillantes. Y aunque yo también creo sinceramente que ni Persica ni Nadine tuvieron la menor

intervención en el asunto, las cosas se han puesto feas otra vez, Nick —susurró cambiando el tono de su voz—. ¿Estarías dispuesto a hablar claro conmigo?

—Usted y yo hemos sido buenos amigos, capitán. ¿Por qué no?

—Entonces dime lo que sepas del asunto de los brillantes, pero de la forma más resumida posible. Todo lo que sepas, es decir, bastante más, de lo que declaraste ante tus jefes y por cuya causa se te formó el Tribunal de Honor.

Nick Janiro volvió la revista al revés, pidió otro *whisky* doble y empezó a beber lentamente.

—Hace dos años se cometió un robo de brillantes —explicó—, pertenecientes a un armador sudamericano que tenía negocios de petróleo en la Arabia Saudita. El armador apareció una mañana cosido a puñaladas en su habitación del hotel. Se había acostado muy tarde la noche anterior y además medio bebido. Ésa fue la razón de que no dejara en la caja fuerte del establecimiento los brillantes que siempre llevaba encima. Desde luego, esos brillantes volaron. El robo tuvo una importancia de cerca de tres millones de dólares.

—Sé todo esto, Nick.

—Pero me gusta ir paso a paso. La policía se puso en acción, el F. B. I., intervino, la Compañía aseguradora de las piedras puso en movimiento a una legión de detectives, y no se consiguió nada.

—También lo sé. Y transcurrió un año.

—Un año. La gente ya se había ido olvidando del asunto, aunque no así nosotros. De pronto un día apareció en el mercado una de las piedras robadas, aunque había sido tallada de otra forma. Nos pusimos en movimiento y llegamos a una pista, o mejor dicho, al lugar de donde la piedra había surgido.

—Ese lugar fue... un establecimiento de pompas fúnebres de la calle Doce. Sigue.

Nick bebió otro sorbo.

—Se detuvo al dueño. Y aunque éste tenía fama de comerciante honorable, no le quedó más remedio que confesar. Todas las joyas estaban en un lugar donde la policía no hubiera ido a buscarlas nunca.

—Sí, lo sé.

Nick Janiro volvió la revista de nuevo. Otra vez el monstruo de la cara quemada. Otra vez la mujer que corría perseguida por un pasillo interminable.

Bebió un nuevo sorbo.

—Ese lugar fue el cementerio de Brooklyn.

—Nunca había conocido un asunto tan siniestro como ése —murmuró Patterson.

—Y sin embargo, era bien sencillo. El ladrón entregó las piedras en la funeraria con la condición de que, por lo menos durante un año, estuvieran ocultas en lugar absolutamente seguro, ya que toda la policía del país iba tras su pista. Y el lugar absolutamente seguro consistió en distribuir las cuidadosamente por los bolsillos de algunos de los cadáveres que eran vestidos y arreglados en la funeraria.

—Sólo los cadáveres que iban destinados al cementerio de Brooklyn. Y se llevaba un registro cuidadoso de cada piedra, de su situación y de cada tumba. ¡Ah! Eran siempre cadáveres que ya no tenían que salir de la funeraria más que para ser inhumados.

—De ese modo se descartaba la posibilidad de que algún familiar, hurgando entre las ropas del muerto, se llevase una sorpresa no del todo desagradable... —dijo pensativamente Nick Janiro.

—Muy bien. Hasta aquí has ido siguiendo paso a paso el proceso de lo conocido por la policía. Sigue.

—Luego empezó la acción del fiscal del distrito. Se había dado orden de prisión contra Sanders, el dueño de la funeraria, en el procedimiento previo. Sólo faltaba que Sanders declarase quiénes eran sus socios en aquel siniestro asunto, y lo declaró.

—Sí. Declaró cuatro nombres, que fueron: Neil, encargado de situar bien las joyas entre las ropas de los muertos. Power, que vigilaba las tumbas donde habían sido inhumados y preparaba la recuperación de los brillantes. Novalsky, que era, el encargado de abrir las tumbas y recuperar las joyas una vez transcurridos dos años aproximadamente desde la inhumación. Novalsky fue el tipo más siniestro de todos. Y por último, el nombre de Persica Nibols, que era la persona que le había entregado las joyas.

—De todo lo cual se dedujo inmediatamente que Persica había sido la autora del asesinato. —Nick hablaba en voz baja,

reflexivamente—. Aún recuerdo que no se dijo nada a los periodistas para que la noticia no causase demasiada sensación. Persica Nibols, una de las figuras más atractivas del *music-hall* moderno... *¿Por qué me encargaron a mí esta investigación, capitán Patterson? ¿Por qué?*

De pronto su voz parecía haberse roto, como si una sorda angustiadle dominara.

—Porque tú eras el mejor agente que había en la Brigada de Homicidios, Nick.

—Maldito sea el tipo cochino que inventó la Brigada de Homicidios, Patterson.

—Está bien. Continúa.

—Creímos más prudente no detener a Persica Nibols por el momento. Era mucho mejor dejar que tomara confianza y que, si era culpable, se metiera ella sola en la red. Además, yo podía investigar muy bien acerca de ella porque Persica era la mejor amiga de Nadine Shelley, a la que entonces todos consideraban como mi novia.

—Y empezaste las investigaciones...

—Sí, pero no pude llegar a ninguna conclusión práctica. Se lo juro, capitán. No pude llegar a ninguna conclusión. Persica pudo ser culpable porque, en efecto, logré averiguar que había tenido determinadas relaciones con el muerto. Pero esto no bastaba. No hubo ni una sola evidencia de que lo que habían dicho los detenidos fuera verdad. Por eso mi declaración ante el fiscal del distrito la hice en el sentido de que consideraba inocente a aquella mujer.

—No obstante lo cual, ella tuvo que asistir al proceso, aunque sólo fuera en calidad de testigo. Y recuerdo que el fiscal hizo toda clase de esfuerzos y le dirigió toda clase de preguntas astutas para obligarla a caer, pues él estaba convencido de que Persica Nibols era la auténtica culpable.

—También lo creyeron los detectives de la Brigada de Homicidios. Y por eso solicitaron algunos que se me formase un Tribunal de Honor, ya que afirmaron que yo había falseado pruebas y había favorecido a Persica Nibols para que su mejor amiga, Nadine Shelley, que era al mismo tiempo mi novia, no se viese comprometida.

—¿Lo hiciste, Nick? —preguntó directamente el capitán

Patterson.

—No, no lo hice.

—Sin embargo, ya no se te vio más con Nadine Shelley. ¿Es que tenías la conciencia intranquila?

—Mi ruptura con Nadine Shelley tuvo motivos completamente particulares.

—¿No te agradó la actitud de Persica en el proceso, al acusar sin piedad a los detenidos?

—Nadine era amiga de esa mujer, pero nada más.

—¿Por qué rompisteis entonces?

—Ya he dicho que por asuntos completamente particulares, capitán.

—Está bien, no insistiré —suspiró Patterson—. Vamos a lo concreto. Ya te he dicho que Persica Nibols acaba de ser asesinada.

—Pudo haber sido cualquiera de los complicados en el juicio. Están ya en la calle, ¿no?

—Sí. Los condenaron a penas ridículas por violación de la Ley de Inhumaciones. Todos están ya en la calle, puesto que intervino la Junta de Libertad Vigilada. Yo los he encerrado esta noche en el Precinto, pero sé que no podré tenerlos durante demasiado tiempo.

—¿Novalsky también está en la calle? Creo recordar que ése sufrió una condena mayor por ser el que abrió las sepulturas.

—Novalsky se ha fugado de la prisión de Leavenworth.

Nick Janiro se estremeció levemente. Fue solo una fracción de segundo, pero algo cambió en él. Dio otra vez la vuelta a la revista, como si de pronto le molestase ver a la mujer de la portada y al monstruo de cara abrasada que la perseguía.

—He oído decir que Novalsky se quemó allí la cara —dijo.

—Sí, pero le intervinieron y quedó con unas facciones completamente nuevas.

—¿Quiere eso decir que ahora no le conoceríamos?

—Exactamente.

—Pero habrán dado la orden de busca y captura por todo el territorio de los Estados Unidos.

—Aún no se ha recibido en todas partes, puesto que esas órdenes viajan por correo, y sólo se avisa por radio a los lugares más inmediatos. Pero además tienen un inconveniente en Leavenworth. Se les ha estropeado el aparato emisor para transmitir fotografías

por radio y aún no han conseguido repararlo. Tendré la cara actual de Novalsky mañana al amanecer.

—Tengo una idea. Que algún funcionario del penal vaya a la ciudad y transmita la fotografía por radio desde cualquier periódico.

Patterson consultó su reloj.

Las doce y treinta y cinco minutos.

—Es mala hora, Nick.

—Todo depende del miedo que le dé ese Novalsky. ¿Es que teme que haya sido él el asesino de Persica Nibols?

—Es posible.

—¿Y por qué me ha dicho antes que Nadine estaba en peligro de muerte? O quizá no me lo haya dicho y yo lo haya pensado. No sé... Pero ¿por qué ha acudido a mí?

—Porque creo que verdaderamente Novalsky ha podido asesinar a Persica Nibols.

—¿Ha detenido ya a todos los que tuvieron relación con aquel proceso y podían odiar a Persica?

—Sí.

El capitán encendió un cigarrillo pensativamente. El bar se iba quedando vacío, dada la inmediatez de la hora de cierre. El tocadiscos automático ya no desgranaba ninguna melodía, pero las parejas de los rincones se arrullaban con más furor que nunca.

—No sólo he hecho eso —continuó Patterson—, sino que he interrogado también a cuatro personas que estaban en la recepción y que por una causa u otra no se encontraban con los demás invitados al oírse los gritos de Nadine. Esta vez he trabajado muy aprisa, Nick. Mis hombres dieron una redada inmediatamente.

—Pero ¿está Nadine en peligro de muerte? —preguntó Nick—. ¿Por qué? ¿No fue Persica la única que acudió al proceso y la única que se hizo odiar por sus declaraciones?

—Es que en el cadáver había algo que no saben todavía los periodistas... Y Dios nos libre de que lo sepan.

—¿Qué era?

—Un macabro aviso depositado en el escote de la mujer estrangulada. Era un papel donde decía sencillamente: «Pronto tú también, Nadine».

Nick Janiro terminó su *whisky* y pareció reflexionar unos

instantes. Estaba nervioso; no podía remediarlo.

—A ti todavía te interesa Nadine —dijo Patterson.

—La recuerdo con el afecto natural de dos personas que se han apreciado. Nada más.

—Sin embargo, he recurrido a ti, Nick. Nadine, al enterarse de lo que el cadáver de Persica llevaba encima, me ha pedido protección. Y yo tengo que dársela, pero no confío en ninguno de mis hombros. Sé, en cambio, que interviniendo tú, no le ocurrirá nada a Nadine Shelley. Por eso te ruego que intervengas.

—¿En qué sentido?

—Tu gestión será puramente privada, como es natural, puesto que ahora estarás aún separado del servicio durante unos meses. Lo único que deberás hacer es estar, junto a Nadine y protegerla por lo menos durante toda esta noche.

—¿Por qué esta noche precisamente?

—Porque me temo que el asesino piense dar el nuevo golpe antes de que amanezca. Sabe que más adelante habremos tomado toda clase de medidas, la policía estará ya por completo encima de cualquier pista y a él, o ella, ya no les quedará ocasión para un nuevo crimen.

—¿Dónde está ahora Nadine?

—En su departamento de la Séptima Avenida.

Fue ahora Nick quien miró su reloj.

Las doce cuarenta y cinco.

—¿Quién está con ella?

—Dos agentes.

—¿Son buenos?

—De completa confianza.

Nick pagó todo lo que habían consumido entre los dos y dijo, mirando a Patterson:

—Vamos.

Los dos hombres subieron a un automóvil oficial del Precinto, que aguardaba aparcado a media manzana de distancia, y veinte minutos después, o sea, exactamente a la una y cinco de la madrugada, llegaban frente a la casa donde estaba el departamento de Nadine Shelley.



Nick se lanzó contra su adversario

III

«LA CASA DEL PANTANO»

Cuando tomaron el ascensor para subir hasta el departamento donde vivía la muchacha, eran ya la una y siete minutos.

Mientras caminaban, ya antes de entrar en el ascensor, Nick fue examinando metódicamente la situación de aquel lugar.

—No había estado nunca aquí —dijo—. Antes Nadine vivía en otro sitio. ¿Toda esta casa está alquilada por departamentos?

—Sí, toda.

—¿Son enteramente iguales?

—Creo que están divididos en tres categorías. Los más altos son los más caros, y aun dentro de éstos, en la torre, hay dos departamentos que son más grandes y más lujosos que los demás. Uno de ellos es el que ocupa Nadine Shelley.

—¿Cuántos vecinos calcula que hay?

—Existen más de doscientos departamentos, y viven en el edificio unas mil quinientas personas.

Nick arrugó el ceño.

—Te parecen demasiadas, ¿verdad? —preguntó Patterson—. Crees que un asesino podría ocultarse fácilmente entre ellas...

—Eso es justamente lo que estoy pensando. ¿Se ha procedido a alguna investigación entre esas mil quinientas personas?

—No ha habido tiempo material. Apenas sabemos algunos detalles rutinarios como nombres y profesiones de los inquilinos.

—¿Se conoce si alguno de ellos tiene huéspedes o invitados, precisamente esta noche?

—Sí. Diez de ellos.

—Son demasiados —dijo Nick.

Llegaban en aquel momento a la planta donde estaba situado el

departamento de Nadine.

Éste tenía dos puertas; una principal y una de servicio, situada en un ángulo.

Nick Janiro las examinó.

—¿No ha dicho que había dos agentes vigilando, capitán?

—Sí, pero están en el interior.

—¿Y Nadine?

—Creo que se ha encerrado en su dormitorio. Es la habitación más segura de la casa.

El propio capitán Patterson oprimió el timbre de la puerta, y un detective de la Brigada abrió. Era un tipo cinematográfico, con casi dos metros de estatura y ciento cuarenta kilos de peso. La culata del revólver que llevaba en su funda axilar sobresalía junto a la solapa izquierda de su americana desabrochada.

—¿Algo nuevo, Kent? —preguntó Patterson.

—Nada, capitán.

—¿Y Debry?

—Debry está en la puerta del dormitorio, capitán, para que nadie pueda entrar allí.

Kent, el gigante, reparó entonces en Nick y susurró:

—Hola, teniente.

—Hola, Kent. Creo que no nos habíamos visto desde el día que cazamos a Phil Marton.

—Sí, teniente, pero esto es mucho más aburrido.

—¿Puedo echar un vistazo al local? —preguntó Nick.

—Claro que puedes hacerlo —dijo Patterson—. No se mueva de su sitio, Kent. Y ojo al revólver para que no le den ninguna sorpresa.

Kent gruñó algo ininteligible y los dos hombres pasaron al interior del departamento.

Nick Janiro fue abriendo puertas y revisándolo todo. Sólo una puerta dejó de abrir, y fue la del dormitorio de Nadine Shelley. Supo cuál era por una especie de enano que montaba guardia allí, un detective con tipo de ratón pero que había ganado el año anterior el campeonato de tiro y era capaz de desnucar a un hombre, en dos segundos con la sola ayuda de sus gigantescas manos.

Realmente Patterson había escogido bien a sus guardianes de

aquella noche.

Nick, después del examen, llegó a la siguiente conclusión:

El departamento tenía siete huecos además del dormitorio de Nadine: un vestíbulo, dos dormitorios, dos cuartos de baño, una cocina con «office» y trastero y un «*living*» que daba acceso a la gran terraza, desde la cual se dominaba una maravillosa perspectiva de Nueva York.

Todas las habitaciones, todas absolutamente, tenían ventana al exterior. Y todas las ventanas eran de guillotina con cierre normal, de los que no resisten la mano de un experto.

El joven sacó además la cabeza por todas las ventanas.

Si bien el departamento de Nadine estaba en la torre del rascacielos, podía ascenderse hasta allí por los relieves del edificio, partiendo de un piso inferior. Y en la terraza había un hueco que daba directamente a una interminable escalera de incendios.

Y por fin, en el departamento contiguo se estaban realizando obras, por lo que había colocados algunos andamiajes metálicos que hacían facilísimo pasar de un lugar a otro.

Cuando Nick se detuvo en el centro del «*living*» y encendió un cigarrillo mirando la noche a través de las puertas de la terraza, Patterson se acercó a él.

—¿Qué impresión te da esto? Tú fuiste especialista en organizar oficinas militares inexpugnables durante la guerra de Corea. ¿Qué fallos tiene este lugar?

—Incalculables.

—¿Crees que alguna persona podría deslizarse aquí sin que nos diésemos cuenta?

—Sí.

—Parece que esto no te ha causado muy buena impresión, muchacho.

—Me ha causado una impresión desoladora.

—¿Por qué?

—Es facilísimo llegar hasta las ventanas. Es facilísimo abrirlas. Es facilísimo deslizarse por este suelo de *parquet* sin hacer el menor ruido. Este departamento comunica casi materialmente con el de al lado y, aun sin mirar la terraza, me atrevo a decir que sólo una débil barandilla la separa de la del piso contiguo. En estas condiciones es imposible garantizar que no vamos a tener un

descuido, capitán. Usted sabe que un crimen puede cometerse en menos de cinco segundos...

—Puedo traer más hombres...

—¿Cuántos?

—¡Hum! Dos más, por ejemplo. El jefe se irritará si le pido más para una misión así. Las elecciones están próximas y tiene miedo a lo que pueda decir la Prensa.

—Dos hombres más... —reflexionó Nick—. Veamos. Uno podría quedarse en la puerta principal, donde ya está. Otro en la puerta de servicio. Un tercero en la puerta del dormitorio, y el cuarto en la terraza. Usted, capitán, podría quedarse aquí, en el saloncito, ya que éste es el lugar por dónde hay que pasar casi obligatoriamente para ir a cualquier otro sitio del departamento. Y yo podría ir continuamente de un lado a otro, revisando todos los detalles.

—¿Durante toda la noche?

—Claro.

—¿Crees que así estaría segura esa mujer?

—De ningún modo.

Patterson se rascó la mandíbula.

—¿No eres un poco pesimista, Nick?

—Un asesino imbécil trataría de entrar por las puertas, por la terraza o por cualquiera de las ventanas y le atraparíamos antes de que tuviese tiempo de respirar. Pero un asesino inteligente, antes de entrar hará seguramente una cosa.

—¿Cuál?

—Llamarnos la atención de algún modo. Hay mil procedimientos, como por ejemplo disparar una pistola, hacer ruido de pasos, reír en una habitación vacía... La risa oída de repente en una habitación que uno cree vacía es siniestra, capitán. Bastará entonces que uno de nosotros se desplace de su lugar de vigilancia para que el asesino llegue hasta Nadine... y termine con ella. El crimen se habrá cometido antes de que nos demos cuenta de lo que realmente sucede.

Patterson seguía rascándose la mandíbula, pero ahora con aspecto más preocupado que antes.

—Tú, Nick, pese a la suspensión, fuiste uno de los encargados de custodiar a Mikoyan durante la visita a los Estados Unidos, y sabes por dónde se puede asestar un golpe. Yo, en cambio, llevo ya

demasiados años metido en una oficina. Pero ¿de veras crees que todas esas cosas pueden suceder?

—Si ha solicitado mi ayuda será porque usted también lo creía, capitán.

—Quiero decir que a lo mejor no nos enfrentamos con un asesino tan listo como tú temes.

—Por lo que me ha explicado, el asesinato de Persica Nibols tuvo que realizarse en cuestión de segundos, ¿no? Cuando Nadine la descubrió llevaba muy poco tiempo muerta, lo cual indica que el asesino estaba en el mismo departamento cuando ella empezó a gritar. Y sin embargo, logró escaparse de entre las manos de la policía.

—Puede estar entre los sospechosos que ya se encuentran detenidos —dijo Patterson, algo molesto.

—Un sospechoso no es culpable, capitán. Sabe que si no hay nada nuevo, tendrá que dejarlos en libertad dentro de unas horas.

—Es cierto, pero puedo decir a mis hombres que no se muevan de sus lugares oigan lo que oigan. Y si al asesino le da por reír en una habitación vacía, que se pase riendo toda la noche. O mejor; si tú estás siempre en misión de «volante», vas sólo a ver lo que pasa.

—He mencionado solamente los procedimientos más simples —dijo Nick—, pero hay otros. Uno muy fácil de realizar por el asesino es proveerse de una careta antigás y una granada lacrimógena. Si la lanza por una de las ventanas, ya no tendremos más que esperar a sacar a Nadine... cuando esté muerta.

—Comprendo que tienes razón, Nick... Pero no veo cómo podemos evitarlo.

—Pida caretas antigás. Las hay en el Precinto.

—He de solicitarlo del jefe.

—No se preocupe; le concederá permiso, siempre y cuando no se entere ningún periodista. Porque si se entera uno solo de ellos y no ocurre nada, habrá que leer mañana los titulares: «Seis policías enmascarados con caretas vigilan a una mujer durante toda la noche porque se quejaba de insomnio». O algo peor, capitán.

—Está bien; solicitaré esas caretas.

—Sin embargo, no habrán terminado con eso nuestras preocupaciones. Las maquinaciones que un hombre puede idear para entrar en un lugar vigilado son infinitas. Puede presentarse

como un médico que ha recibido una llamada urgente y no sabe desde qué piso, o como un montador de los andamiajes que empieza su trabajo al amanecer, o puede provocar un pequeño incendio en la escalera y rogarnos que le ayudemos a apagarlo... Inútil es preguntar lo que ocurriría si nos dejáramos engañar por una treta así. Pero no quiero ser pesimista, capitán. A lo mejor no ocurre nada.

—Sí —gruñó Patterson—. A lo mejor no ocurre nada.

Pero se le veía más preocupado que al entrar allí.

Fue hasta el teléfono, lo descolgó y llamó al número particular del jefe.

Éste no estaba en su casa, sino en el Precinto, a pesar de la hora. Patterson llamó allí.

Solicitó no sólo dos hombres más, sino tres, y además siete caretas antigás. El jefe le respondió que le enviaría las caretas, pero que no disponía en el Precinto de tres hombres.

—Estamos verificando otra redada —explicó—. Por eso me encuentro aquí a estas horas. Acaba de ser atracada una sucursal urbana del Firts National Bank y necesito tener aquí antes de media hora a todos los sospechosos. Si fracaso en esto, estando las elecciones encima...

—¿Puede solicitarlos a la Brigada y enviármelos cuanto antes? —preguntó Patterson.

—Lo intentaré; es posible que allí puedan ayudarnos. Y oiga una cosa, Patterson.

—Oigo.

—Si matan a esa chica va a pasarlo mal, aunque a mí me cueste el puesto.

Patterson lanzó un gruñido. Y colgó.

Luego se volvió hacia Nick Janiro:

—Nos enviará a tres hombres. Estoy seguro de que no va a fallar; él también tiene miedo de lo que pueda ocurrir.

—Le enviará a tres desconocidos, ¿verdad, Patterson?

—¿Qué quiere decir?

—Tres tipos a quienes es posible que no hayamos visto nunca. Y uno de ellos puede ser el asesino; téngalo en cuenta.

Patterson fue al mueble-bar que había en un ángulo, extrajo una botella de coñac francés y se sirvió media copa, bebiéndola

ansiosamente. Se daba cuenta de que sí, a pesar de tantas precauciones, alguien lograba asesinar a Nadine, el fracaso personal sería terrible para él. Y aparte de esto estaba preocupado por sus nervios. Tenía miedo quizá por primera vez en su vida. Unas gotitas de sudor frío habían comenzado a brotar en su frente.

Pero el fuerte coñac francés lo reanimó.

—Al agente que nos sobraré lo pondremos en la puerta de la calle —dijo—. Tendrá que exigir la documentación a todo aquel que entre. No serán muchas personas, a estas horas. ¿Te das cuenta, Nick, de que poco a poco se nos va pasando la noche?

Nick consultó su reloj.

Las dos de la madrugada.

—No amanecerá hasta las seis, capitán. Y aún después de amanecido es posible que se cometa el crimen.

—¿Piensas que si transcurre esta noche el asesinato ya no se cometerá?

—Sí.

—¿Y por qué?

—El asesino ha cometido ya un crimen, al estrangular a Persica Nibols, y seguramente habrá dejado alguna pista, alguna huella que en estos momentos se está analizando. No puede perder tiempo, porque quizá haya algo que lo delate dentro de cinco o seis horas; es una especie de carrera contra reloj. Necesita cometer los dos crímenes enseguida y alejarse de Nueva York cuanto antes. Si puede, esta misma noche.

Patterson se sirvió otra copa.

—¿Quieres?

—No. No quiero beber más.

—Si amanece a las seis, podemos considerar que el peligro durará aún cuatro horas o cuatro y media como máximo —determinó Patterson—. No es demasiado tiempo, ¿eh?

—Recuerde lo que le he dicho, capitán. Para cometer a crimen bastan diez segundos.

—Bueno, bueno; de acuerdo... Procuraremos que esos diez seguidos no lleguen. ¿Cuál es, a tu juicio, el punto más desfavorable que tenemos?

—Lo que más nos perjudica es ese departamento de al lado, que está vacío.

Patterson tuvo como una crispación.

—Siete habitaciones... vacías completamente. Es decir, si en ellas no se oculta el asesino. Y a oscuras.

—Vamos a la terraza.

Patterson dejó la copa sobre una mesita, abrió una de las grandes puertas de la terraza y salieron al exterior.

Fuera había una magnífica, noche. Algo fría a aquellas horas, pero calmosa y estrellada.

Como Nick había dicho, sólo una débil valla y un seto de flores separaban la terraza de un departamento de la terraza del otro.

Hasta un niño hubiera podido saltar por allí sin hacer el menor ruido, deslizándose en las sombras.

—Afortunadamente la terraza sólo comunica con el *living* —dijo Patterson—. Si colocamos un hombre allí, el asesino ya no podrá utilizarla para entrar en el departamento de Nadine.

Le sorprendió la expresión reconcentrada de Nick Janiro.

—¿Qué te pasa, muchacho?

—Nada. Es curioso. No hace viento y las cortinillas de ese departamento vecino se están moviendo.

—Puede... puede que haya alguna ventana abierta. Ya se sabe. En las casas donde nadie vive siempre es fácil dejar corrientes de aire.

—¿Por qué no envía un detective ahí al lado y le ordena que encienda todas las luces? Es un pequeño detalle que parece no tener importancia, pero que puede desconcertar completamente a un asesino.

Patterson se rascó otra vez la mandíbula, lo cual parecía ser en él un gesto habitual esta noche.

—Ya he pensado antes en eso, Nick. Pero me han dicho que hace tres meses que nadie habita ahí y que la luz está cortada.

—¿Quién vivía en ese departamento?

—Un tipo chiflado llamado Simmons. Una vez produjo una inundación y estropeó los techos de todos los departamentos bajos. Cuando entraron los obreros, ese lugar parecía un pantano. Desde entonces, según me ha dicho el conserje del edificio, la llaman así: «la casa del pantano».

—¿Por dónde entró el agua? ¿Se rompió alguna tubería? ¿Se dejó algún grifo abierto?

—No. Ese departamento se comunica con los depósitos generales de la casa, y al parecer se abrió un boquete.

—¿Lo han cerrado?

—No lo sé; supongo que sí.

—Lo cierto es que ahí tenemos un magnífico escondite para el asesino —musitó Nick pensativamente—. Nosotros estamos mirando hacia allí ahora. ¿Quién sabe si él no nos estará mirando a nosotros?

—No digas bromas, cuerno.

—En toda mi vida he tenido menos ganas de broma que esta noche. Vamos adentro.

Volvieron otra vez al saloncito.

—Supongo que la habitación de Nadine también tiene ventana al exterior —dijo Nick.

—Claro.

Se acercaron a la puerta del dormitorio. El enano aún seguía allí, sin haber movido un músculo.

—¿Ha oído algún rumor, Debry? —preguntó Nick.

—Ninguno, teniente.

—Tras esa puerta hay una ventana que da al exterior. ¿Ya llama con regularidad para saber si Nadine se encuentra bien?

—Pues... —el enano se sonrojó—, la verdad es que no se me había ocurrido. Ni pensaba en la ventana.

—Llame.

El enano golpeó discretamente con los nudillos en la puerta y nadie contestó.

—Estaría bueno que... hubiese ocurrido migo ya —gritó Patterson entre una sarta de maldiciones.

Nick hizo girar el pomo de la puerta.

IV

LA MUJER QUE TENÍA MIEDO

La puerta giró con un leve chirrido. Parecía mentira que en una casa tan nueva las puertas chirriasen de aquella manera. Nick Janiro vio la lujosa habitación de Nadine, deliciosamente iluminada mediante un complicado sistema, de luces indirectas, vio la ancha cama y sobre ella a Nadine, que estaba quieta. Y su quietud era tan acusada que hasta hubiera pedido pensarse que se hallaba muerta de no ser por el levísimo estertor que partía de su garganta.

Nick se acercó a ella y le volvió la cabeza. Nadine tenía los ojos cerrados, Estaba llorando.

El joven no dijo una palabra ni hizo un solo gesto más. Esperó a que Nadine abriese los ojos. Y cuando ella alzó los párpados fue para verse sacudida por un estremecimiento.

—¡Nick!

—Hola, Nadine.

La voz de Nick no era alegre. Diríase que casi era para él una contrariedad ver a la mujer que en otro tiempo había amado. Pero Patterson, que le conocía, se dio cuenta de que estaba dispuesto a defenderla costase lo que costase.

—¿Cómo estás aquí? —susurró Nadine, poniéndose rápidamente en pie—. ¿Por qué has venido?

—Sé lo que ha ocurrido esta noche.

—Pero eso está pasado, Nick. Nadie tenía por qué molestarse en venir. Y no comprendo tampoco para qué esta absurda vigilancia. ¡No quiero que nadie me proteja! ¡No quiero!

—Tu actitud es muy valerosa, Nadine, pero el capitán Patterson teme que lo que ha ocurrido esta noche pueda ocurrir de nuevo: Es decir, teme que pueda cometerse otro asesinato.

Patterson carraspeó.

—Bueno, quizá yo sea inoportuno en este momento. Ustedes dos ya se conocían de antes, ¿no? Será mejor que les deje solos.

Pliso un saludo con el brazo y salió.

Nick Janiro miró a Nadine.

Ella intentaba rehuir esa mirada suya. Trataba por todos los medios que Nick no se diese cuenta de que estaba a punto de llorar otra vez. Pero Nick lo notaba. Y susurró:

—Nadine...

Ella hizo más esfuerzos. Apretó los labios, cerró los ojos...

Y de repente las lágrimas rompieron aquel débil dique y saltaron mientras ella se arrojaba gimiendo en los brazos del hombre.

—¡Oh, Nick! Ha sido horrible, horrible...

—No te preocupes, Nadine. Como tú bien has dicho, ésa ya es cosa pasada. Y nosotros estamos aquí para impedir que se repita de nuevo.

—No podréis impedirlo.

—¿Por qué?

—Sé que el hombre que mató a Persica me matará a mí también. Nadie logrará impedirlo. Ni aunque trajeseis aquí a toda la Brigada de Homicidios conseguiríais nada.

—¿Cómo sabes que un hombre mató a Persica?

—Porque sólo un hombre pudo tener esa agilidad y esa fuerza. De ningún modo pudo ser una mujer.

—¿Y cómo sabes que podrá repetir el golpe?

—Persica fue mi mejor amiga... —gimió ella—. ¿Por qué repetírtelo, si ya lo sabes? Debía haber algo oscuro y tenebroso en su vida, algo que a pesar de todo yo desconocía, y la han matado por eso. Y si el asesino temía que Persica supiera algo y por eso la eliminó, pensará que yo lo sé también. ¡Y me asesinará como a ella, esta misma noche!

Nick la tranquilizó.

—Faltan menos de cuatro horas para que amanezca, Nadine. Son ahora las dos y veinte. Apenas salga el sol, nadie podrá pasar a este departamento por la parte exterior porque se le vería.

—Cuatro horas... Y bastan diez segundos para cometer un asesinato.

—Hablas como si fueras un polizonte de la Brigada de

Homicidios...

—Perdóname.

Seguía abrazada a él, llorando blandamente sobre su pecho. Y Nick, sin querer, recordó otros tiempos en que todo era tan distinto, en que Nadine y él habían hecho sueños que nunca se cumplieron...

¿O quizá no era aún demasiado tarde? Tal vez el Destino les había dado aquella última oportunidad para que uniesen sus vidas en el punto en que las rompieron. Quizá todo pudiera volver a empezar... Pero Nick prefirió no seguir pensando.

¡Al infierno todos los sueños!

—Debes calmarte, Nadine —pidió—. Nada ganaremos si pierdes los nervios. Y ahora trata de concretar: ¿Qué cosa sabía Persica, tan importante como para causarle la muerte?

—Puede que Persica estuviera envuelta en aquel misterio del robo de los brillantes.

—El Jurado ni siquiera llegó a intervenir. Sabes perfectamente que el fiscal no encontró pruebas contra ella.

—Lo sé, lo sé... —Nadine movía la cabeza de un lado a otro, nerviosamente—. Pero una cosa es lo que el fiscal pudiera comprobar y otra lo que Persica realmente sabía. ¿No te das cuenta? Ignoro quién me puede asestar el golpe y por qué. Pero puede que ésta sea mi última noche, Nick. ¡La última noche de mi vida!

—Antes eras más valiente, Nadine.

Ella alzó la cabeza y trató de enjugar sus lágrimas.

—Es cierto. Perdóname; veo que me he convertido en una mujer irritable y estúpida. Debería tener sensatez y pensar que no puedo modificar el Destino.

—Para modificar el destino estamos nosotros aquí, Nadine. Y mientras estemos junto a ti no podrá ocurrirte nada.

—Es extraño, Nick... —susurró ella.

—¿Qué es lo que te parece extraño?

—Que precisamente tengas que ser tú el hombre que me ayude y me consuele en un momento así.

—Nada más lógico. Soy un teniente de la Metropolitana.

—Pero sé que has venido aquí voluntariamente... Has venido para ayudarme, porque aún sientes algo por mí... ¡después que te dejé para anunciar mi compromiso con Douglas!

—Douglas era un maleante vestido de frac, un vulgar delincuente que no te merecía.

—Me di cuenta a tiempo, Nick. Nunca agradeceré bastante el haberme dado cuenta cuando aún podía remediarlo.

—No pienses más en eso.

Ella volvió a apoyar la cabeza en su pecho.

—¿Y tú? ¿Lo piensas?

—No. Ya no.

Nadine alzó el rostro de nuevo. Seguía siendo hermosa, tan hermosa como cuando la conoció y pareció que sus vidas, hubieran de unirse. Tan hermosa como entonces...

Fue ella la que entreabrió los labios.

Y Nick fue el que la besó.

Así es y tiene que ser el mundo. Cada uno puso su parte.

Y de pronto Nick reaccionó. Se dio cuenta de que no estaba allí para eso. De que sirve de muy poco besar a una mujer que dentro de media hora tiene que estar muerta.

—He venido aquí para protegerte, Nadine —susurró—. Y hemos de tener en cuenta muchos detalles para preverlo todo. Explícame lo que ha sucedido esta noche.

—Pues... es relativamente sencillo, Nick. No sabría cómo explicártelo de tan sencillo que es. Yo estaba invitada por uno de los comités de la Liga Americana a una reunión en el «Waldorf», una de esas reuniones aburridas e insípidas, llenas de señoras gruesas y hombres adinerados, y a las que sólo se va por puro compromiso social. Dije a un grupo de mis amigos, también invitados como yo: «¿Por qué no nos divertimos un poco en mi casa antes de ir a aquella reunión inaguantable?». Y así lo decidimos. Pensábamos beber algunos cócteles y escuchar algo de música. Nada más.

—Sigue.

—Fui a cambiarme de ropa para ir luego a la fiesta del «Waldorf» y abrí ese armario, que es mi guardarropa. Dentro... estaba Persica. No quiero... ni recordarlo. Debía estar apoyada en las puertas, de forma que me cayó encima al abrirse éstas. Y cuando me doblé sobre el lecho, ella cayó sobre mí. Me di cuenta enseguida de que estaba muerta. Fue... una de las sensaciones más horribles y angustiosas de mi vida entera.

—¿Sabrías precisar en qué posición estaba dentro del armario?

—Pues... ahora te lo explicaré.

Abrió la puerta. El armario estaba vacío puesto que los detectives habían retirado todas las ropas para buscar huellas en el laboratorio. La única cosa que había en el fondo del armario era un papel doblado cuidadosamente.

Nadine lanzó un sordo gemido.

—¿Estaba eso antes ahí? —preguntó Nick.

—No. Creo que no...

Nick se inclinó para recoger el papel y lo desdobló cuidadosamente. Estaba escrito a máquina, con una letra de tipo muy corriente. Decía tan solo:

«Empieza a prepararte. La hora va a llegar».

Nick se volvió hacia la mujer. Ella tenía los ojos cerrados y sus brazos, sólo sus brazos, temblaban convulsivamente.

—¿Quién ha entrado aquí, Nadine?

—Desde que los detectives se han llevado todo el vestuario no ha entrado nadie más que yo.

—¿Estaban aquí cuando ellos han retirado las ropas?

—Sí.

—¿Y no ha quedado nada en el armario?

—Claro que no. Ellos mismos lo han retirado todo. Hubiesen visto el papel como lo hemos visto tú y yo.

Nick se estremeció en contra de su voluntad.

—No es posible que el asesino haya entrado aquí estando tú —dijo.

—Claro que no. Es absurdo.

—¿Cuántos detectives han estado trabajando aquí?

—Dos.

Nick abrió la puerta y llamó:

—¡Capitán Patterson!

El capitán se presentó inmediatamente.

—¿Qué ocurre, Nick?

—¿Sabe qué detectives han estado trabajando en el guardarropa de Nadine Shelley?

—Debían ser de la Brigada, porque yo no he enviado a nadie del

Precinto. ¿Es que ocurre algo?

—Nada por el momento, Patterson.

Nadine abrió del todo el armario ropero, que estaba empotrado en la pared, se introdujo en él y lo examinó detenidamente. No le fue difícil darse cuenta de que en el techo había un agujero más que regular, por dónde hubiera podido pasar un hombre muy delgado a un niño.

Todo el cielo raso de yeso que formaba el techo estaba también reblandecido, y daba la sensación de que el pedazo que faltaba había caído espontáneamente.

—¿Qué es lo que ha ocurrido con ese techo, Nadine? —preguntó Nick Janiro.

—Habrás oído hablar de la inundación que hubo en el departamento contiguo.

—Sí.

—Una de las tuberías del agua, justo la que pasaba por encima de ese armario, estalló. El yeso del cielo raso empezó a reblandecerse y se me estropearon varios vestidos. Tuvieron que quitar un buen pedazo para que un hombre se deslizara y pudiese arreglar la tubería rota. Ahora ha de venir un decorador a terminar el trabajo.

Nick penetró de nuevo en el armario y trató de ascender sujetándose a las viguetas que había encima del cielo raso. Pero su cuerpo no pasaba, a pesar de la agilidad de que hizo gala. Evidentemente, por allí no habría podido deslizarse más que un niño, un enano o una mujer de caderas muy finas y esbeltas.

Salió de nuevo.

—¿Qué ha observado, Nick? —preguntó Patterson.

—Sólo una cosa muy importante, y es que desde ese hueco se ven las estrellas.

—¿Quiere decir que comunica con el exterior?

—Sí.

—Los albañiles dijeron que tenía que estar así por el momento para que pudieran trabajar mejor —aclaró Nadine.

—De acuerdo.

Nick guardó la hoja de papel en el bolsillo.

—Creíamos que estabas en la mejor habitación de la casa y estás en la peor, Nadine.

—No te entiendo. ¿Crees que un asesino podría entrar por ese hueco ridículamente pequeño?

—Nunca sabe uno las dimensiones que puede tener un asesino, Nadine. Y por eso mismo vamos a trasladarte de habitación.

—Vosotros mandáis. Yo, por lo que veo, debo considerarme una prisionera.

Nick no prestó atención a aquella queja. Preguntó a Patterson:

—¿Ha estado dando vueltas durante todo ese rato por las habitaciones de la casa?

—Sí.

—¿Cuál considera la más segura para la señorita Shelley?

—Hay otro dormitorio que tiene una ventana muy pequeña, la cual cae sobre un verdadero abismo... y además no tiene la menor relación con el departamento vacío de al lado.

—¿Sigue vacío el departamento contiguo? —preguntó temblorosamente Nadine.

—No estamos seguros —mintió Nick—. Y además eso no tiene ninguna importancia.

Tomó a Nadine del brazo y la introdujo en el dormitorio aconsejado por Patterson, dormitorio que, en efecto, no tenía armarios empotrados ni rincones donde alguien pudiera ocultarse. Tres de sus paredes eran exteriores y la única ventana daba, en efecto, sobre un verdadero abismo, distinguiéndose abajo, como si brillasen en el fondo del mar, las hileras de luces de la Séptima Avenida.

—El mismo agente se quedará en la puerta —ordenó Patterson—. Y usted, señorita Shelley, trate de dormir. Nosotros la protegemos y puedo asegurarle que no somos novatos en estas tareas. Si logra descabezar un sueño, habrá amanecido antes de que se dé cuenta.

Nadine dijo desmayadamente:

—Lo intentaré.

Pero demasiado se veía que iba a ser incapaz de pegar un ojo.

Nick cerró la puerta y el enano quedó junto a ella.

No podía sospechar de éste porque no había cruzado el umbral del dormitorio de Nadine. El culpable tenía que ser otro, pero quizá de su mismo tamaño. O en todo caso un hombre muy delgado, un tipo con cualidades de bailarín tal vez. Nick estaba pensando en eso

cuando dijo:

—Voy a dar una vuelta por la azotea.

Subió. El techo del rascacielos estaba formado por resbaladizas planchas de cristal y zinc. Lo único que podía servir allí para sujetarse a un hombre eran dos monumentales antenas de televisión y el pararrayos. Más abajo se distinguían las terrazas de los otros departamentos inferiores y un verdadero bosque de antenas de televisión.

Nick no encontró la menor huella. Y llegó a la conclusión de que la azotea superior del rascacielos, a pesar de ser muy grande, no podía ocultar a un hombre.

¿Sería posible qué uno de los detectives encargados de despejar el guardarropa hubiese dejado allí la nota?

Nick Janiro descendió otra vez. Patterson estaba en el vestíbulo, preparándose otro combinado.

—¿Nada? —preguntó.

—Nada. Cada vez lo entiendo menos. A no ser que...

En aquel momento sonó el timbre de la puerta. Patterson mismo fue a abrir.

Eran dos hombres, uno alto y grueso y otro exageradamente sinuoso, y delgado, con un cuerpo parecido al de una serpiente puesta en pie. Éste llevaba varias fundas con caretas antigás.

—Venimos de la Brigada —anunció—. Detectives Morgan y Simmons. El capitán Patterson tiene que darnos órdenes.

—Está bien. Entren.

Pasaron al vestíbulo. Nadine estaba allí, preparándose también un combinado. Sin duda había salido del dormitorio porque tenía sed. Y el vaso, en el que había puesto un pedazo de hielo, cayó al suelo haciéndose añicos, cuando vio entrar al más delgado de los hombres.

Nick lo miró.

Los ojos del recién llegado brillaban extrañamente.

Y entonces Nadine Shelley se puso a llorar con angustia.

V

LA PRIMERA SEÑAL

Nick miró a aquel tipo.

Era alto y su cuerpo se adivinaba musculoso. Pero estaba tan delgado y daba tal sensación de agilidad que Nick Janiro apostó mentalmente a que aquel hombre era capaz de deslizarse por una tubería. Sin dejar de mirarle, preguntó a Nadine:

—¿Era este uno de los hombres que antes se llevaron las prendas del guardarropa?

Nadine confesó con un soplo de voz:

—Sí...

—¿A qué viene esa pregunta, teniente? —preguntó el detective, con las facciones alteradas—. Claro que he estado antes aquí. Esa mujer me conoce perfectamente.

—El que no le conozco soy yo —dijo Patterson—. ¿Desde cuándo está en la Brigada de Homicidios?

—Ingresé hace una semana, procedente de la Escuela Superior.

Patterson exigió:

—Sus documentos.

El otro se los entregó. Parecía ofendido por aquella situación y tenía los labios apretados. Tanto, que su compañero se creyó en la obligación de intervenir.

—Yo respondo por él, capitán —dijo—. Se trata de mi compañero Simmons. Está, efectivamente, en la Brigada desde hace ocho días. Es el novato del grupo.

—Pues no debían haberlo traído para una misión tan delicada —dijo Patterson molesto, mientras devolvía los documentos. Se daba cuenta de que él también estaba nervioso y acababa de dar un resbalón—. ¿Qué le parece, Nick? ¿Lo penemos de vigilancia en la

puerta de la calle?

—Aquel sitio es tan bueno como cualquier otro, capitán.

—Muy bien, Simmons, ya tengo trabajo para usted —decidió Patterson—. Es necesario que sitúe su puesto de vigilancia en la puerta exterior del edificio y solicite la documentación a todas las personas que entren o salgan. Si observa algo sospechoso, telefonéeme aquí.

—Bien. ¿Dónde dejo las caretas?

—En esa butaca. Gracias.

Simmons, sin decir una palabra más, salió.

El capitán Patterson hizo una mueca.

—Es necesario que cada uno de nosotros lleve la careta en disposición de ser colocada inmediatamente, para que ninguna granada lacrimógena nos tome de sorpresa. ¿Quiere hacer el favor de repartirlas usted mismo, Nick?

Nick las repartió, dando una a todos los hombres que estaban allí y reservándose él otra.

Luego preguntó a Nadine:

—¿Por qué has salido de tu habitación?

—Tenía una sed espantosa. Perdón. Volveré enseguida allí.

Parecía humilde y sumisa como una niña.

—Te llevaremos algo de beber al dormitorio, Nadine, pero no te muevas de allí. Es completamente necesario que sepamos dónde estás en cada momento.

—Lo comprendo.

—Y no llores más, por favor. Si ese hombre, Simmons, es culpable de algo, no podrá causarte ningún daño desde el lugar donde lo hemos colocado. Entre él y tú hay un abismo de más de ciento cincuenta metros.

—Mientras no suba...

—Sabe que si sube se convertirá en un sospechoso. Desde la puerta exterior, el agente que está de guardia observa también la entrada del otro departamento. Nadie absolutamente podrá acercarse a ti mientras dure la noche.

—Está bien, Nick. Y perdona... las molestias que os estoy dando. Sé que no merezco tanto.

Nick la acompañó hasta la puerta de su habitación.

—Intenta dormir, Nadine. Si lo consiguieras...

Ella le estrechó la mano con fuerza, le miró con ojos donde aún había lágrimas y entró en la habitación.

Lo hizo con el gesto del que se ve obligado a entrar en su propia tumba.

Nick volvió al centro del *living*.

—¿Damos como definitiva la distribución de los hombres? —preguntó Patterson—. ¿Qué te parece?

Nick reflexionó.

—Hay uno en la puerta exterior del edificio —dijo hablando para sí mismo—. Otro en la puerta del departamento y otro en la de servicio. Un cuarto detective está guardando la entrada del dormitorio de Nadine Shelley. Usted se quedará en el *living* y yo iré de un lado a otro recorriendo las habitaciones. Es la combinación que habíamos ideado antes. Dudo que se pueda encontrar otra más perfecta.

Patterson encendió un cigarrillo.

—¿Sabes que me parece que esto va a resultar muy bien, Nick? Habría que ser un fantasma para llegar hasta la habitación de Nadine Shelley sin que nos diésemos cuenta. Como no la asesinen mediante ondas magnéticas... —se puso a reír—. Siéntate y bebe algo, Nick. Creo que podemos empezar a celebrar nuestra pequeña victoria por anticipado. Jamás he visto a nadie a quien se asesinase a distancia.

—¿Ni con un rifle de largo alcance?

—En este caso no pueden emplearlo. Ni siquiera aunque Nadine se pasase la noche asomada a su ventana. Éste es el edificio más alto que hay por los alrededores, y un posible tirador habría de disparar con un ángulo de elevación tan difícil que no acertaría nunca.

Lanzó al aire, una voluptuosa bocanada de humo.

—Además, todos los sospechosos y posibles culpables están a buen recaudo esta noche.

Nick le tendió la nota mecanografiada que encontrara pocos minutos antes en el guardarropa de Nadine.

—¿Ha visto esto? No se lo he enseñado antes para fingir que no le daba importancia y de ese modo no asustarla. Léala y dígame qué opina.

Patterson lo leyó. Inmediatamente mordió el cigarrillo hasta

partirlo por la mitad.

—¿Quién ha podido dejar eso ahí?

—Tal vez Simmons, quien está ahora en la puerta principal del edificio. Es uno de los que estuvieron antes hurgando en el guardarropa de Nadine y además se trata de un tipo capaz de entrar por el pequeño agujero que hay en el techo. Naturalmente, no acabo de creer que él pueda ser culpable, pero en estas circunstancias no debemos fiarnos de nadie.

Patterson gruñó:

—Supongamos que ese hombre signifique un peligro. Poco daño podrá hacer desde el lugar donde se encuentra ahora. ¿Quién más puede preocuparnos esta noche?

—Novalsky.

—Pero Novalsky no puede ser ninguno de nosotros... —rió Patterson—. Seguro que no está aquí.

—Puede estar agazapado en la azotea sin haberlo visto yo. O puede hallarse en el departamento contiguo.

—Un poco fantasioso, ¿no? —dijo Patterson, quien, sin embargo, tuvo como un leve estremecimiento—. No creo que debamos contar con Novalsky. ¿Quién más?

—Sus sospechosos.

—Los que estaban en la fiesta son incapaces, de traspasar por la cornisa del rascacielos, y si intentan entrar por la puerta principal, Simmons nos advertirá. En cuanto a Burton, Power, Sanders y Neil, los otros cuatro sospechosos, éstos sí que son capaces de subir hasta a un avión «Sabre» en vuelo. Pero están a buen recaudo.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono.

Patterson lo tomó. Era del Precinto. Soltó un ronco: «Diga», y empezó a escuchar, poniéndose pálido mientras transcurrían los segundos.

Al fin colgó, lanzando una maldición.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nick.

—Han tenido que soltarlos.

—¿Se refiere a los cuatro sospechosos a los que creía tener a buen recaudo?

—No empieces con preguntitas en ese tono, Nick. Sí, me refiero a ellos. Y te juro que si están en la calle no es por culpa mía. Sanders, quien aún tiene algo de dinero, llamó a un picapleitos, y el

picapleitos fue a visitar al fiscal del distrito a pesar de lo avanzado de la hora. Parece que el fiscal del distrito, no se atreve a tener gente encerrada sin más ni más, poco antes de las elecciones. Y ha dado orden para que los soltaran.

—Por consiguiente —resumió Nick—, ahora hay cuatro hombres que podrían tener algún motivo para matar a Nadine Shelley y que son capaces de trepar desde cualquier piso inferior por las cornisas del rascacielos, ¿no?

Patterson se frotó la mandíbula.

—He de reconocer que sí. Pero no podrán llegar a ningún piso inferior porque Simmons los controlará en la puerta.

En aquel momento sonó el teléfono otra vez.

Patterson lo tomó. Era Simmons.

—Esto se está poniendo raro, capitán. Parece que ha fallecido una persona de pronto en el piso quince. Están llegando amigos y familiares continuamente y ya no puedo retenerlos más. ¿Les permito el paso?

—¡Contróleles bien! —aulló el capitán—. Mire sus nombres en los documentos de identidad y anótelos. Si le parece que alguna persona no tiene motivos suficientes para subir a ver el cadáver, deténgala y comuníquelo inmediatamente.

—Por ahora todos parecen tener motivos. Los primeros que están aguardando turno son el médico y el empresario de pompas fúnebres.

—Déjelos pasar.

Patterson colgó el aparato y encendió otro cigarrillo. De repente éste estuvo a punto de caer de sus labios, mientras sus manos se abrían y cerraban convulsamente.

Tomó el aparato otra vez y pidió inmediatamente comunicación con la conserjería.

—¿Simmons? —aulló al cabo de unos segundos.

—A sus órdenes, capitán.

—¿Me ha hablado antes de un empresario de pompas fúnebres?

—Sí, capitán.

—¿Su nombre! ¿Ha apuntado su nombre?

—Desde luego, capitán. Se llama Sanders.

—¡Sanders!

El grito de Patterson semejó un auténtico alarido.

—¡No se mueva de ahí, Simmons! ¡No se mueva de ahí por ningún concepto y detenga a ese hombre si intenta salir!

Colgó, con las facciones lívidas.

—Sanders, uno de los sospechosos que estaban detenidos, ha logrado introducirse en la casa, ¿eh? —preguntó Nick nerviosamente.

—Ha logrado entrar.

—Debemos obrar con rapidez, capitán. Usted le conoce y yo no podría recordarlo tal vez. Vaya al piso quince y trate de detenerle si aún estamos a tiempo. Yo me quedaré aquí.

Patterson se puso en pie.

—De acuerdo, Nick. ¡Voy allá!

Salió aplastando el cigarrillo contra la alfombra. Nick esperó a que la puerta se cerrase y luego salió a la terraza; Quería hacer una nueva observación de la parte exterior del rascacielos.

Una vez en la terraza, Nick descubrió inmediatamente algo anormal. Y en el primer instante, entre los miles de luces que aún a aquella hora despedía Nueva York, no pudo precisar en qué consistía aquel «algo».

Luego estuvo a punto de lanzar un grito, como si acabase de sufrir una pesadilla.

¡Porque las luces del departamento vecino, el que sabía que estaba desocupado, acababan de encenderse!

VI

SOBRE LA SELVA DE PIEDRA

Nick Janiro parpadeó dos veces.

Las luces de aquel departamento, todas, absolutamente, estaban encendidas. Sobre la superficie de la terraza vacía se proyectaban los triángulos de las puertas y ventanas que daban a ella. Fuera de esto, no se apreciaba allí el menor movimiento. Ni el roce de una sombra.

Nick palpó en la funda axilar el bulto de su automática, que no le abandonaba nunca. Luego tomó impulso y saltó limpiamente el seto que separaba las dos terrazas.

Tuvo tiempo de ver, en el departamento contiguo, un gran salón amueblado muy semejante al *living* de Nadine Shelley. Los muebles quizá eran un poco más anticuados. Luego, todas las luces del departamento se apagaron de repente.

Nick se dejó caer al suelo y se agazapó rápidamente en una zona de sombras.

Pero el disparo que esperaba no llegó.

Nada se movía. Todo estaba tan quieto como en una tumba. Nick Janiro, a pesar de toda su sangre fría, empezó a sudar.

¿No sería aquello una trampa para sacarle de su puesto de observación y poder cometer el asesinato tranquilamente?

«Un plan nunca es lo bastante perfecto», pensó en tanto se mordía furiosamente los labios.

Patterson y él lo habían preparado todo para tener unos hombres fijos en unos lugares fijos y no dejarse sorprender por ninguna aña-gaza. Y sin embargo, en menos de diez segundos, Patterson y él habían salido de sus puestos. Si el asesino lograba penetrar en el departamento, ya no tendría más obstáculo que el

enano que montaba guardia ante la puerta de Nadine.

Eso contando con que el propio enano no fuese el asesino.

Los dientes de Nick castañetearon.

Tomando toda clase de precauciones y procurando no salir de la zona de sombra, saltó otra vez al departamento de Nadine y entró por la puerta del *living*.

Patterson aún no estaba allí, pero se tranquilizó al ver que el diminuto detective continuaba inmóvil y montando guardia ante la puerta.

—¿Sucedo algo, teniente?

—Nada. ¿Ha oído alguna cosa digna de interés?

—¡Oh, esto está más solo que un cementerio por la noche, teniente!

Nick, deseando llevar sus precauciones hasta el fin, golpeó con los nudillos en la puerta.

—¿Estás bien, Nadine?

Se oyó la voz de la mujer, cada vez más excitada.

—Sí, estoy bien, Nick. ¿Es que ocurre algo?

—No ocurre absolutamente nada. Todo está tan tranquilo como antes. Patterson y yo nos aburrirnos.

—¿No puedo salir?

—Mejor será que continúes ahí, Nadine. Esto sigue igual que hace unos minutos. Procura dormir.

Ella dijo: «Sí...», pero su voz alterada indicaba que no podría conseguirlo.

Nick Janiro estuvo tentado de pasar otra vez al departamento contiguo para proseguir su investigación, pero extremando la prudencia decidió aguardar a que Patterson volviese.

Patterson volvió cinco minutos más tarde.

Estaba tan alterado que bastaba ver sus ojos extraviados y febriles para darse cuenta de que sus pesquisas habían sido un fracaso.

—¿No lo ha encontrado, capitán?

—No... —hizo un amplio gesto con los brazos—. Se ha evaporado como el humo. Así: ¡bluff...!

—¿Es verdad que hay un muerto en el piso quince?

—Sí, un hombre relativamente joven. Un ataque al corazón.

—¿Y ha estado Sanders allí?

—Sí, eso es lo más curioso. Ha estado. A pesar de que su establecimiento de pompas fúnebres estaba cerrado desde aquel asunto de los brillantes, Sanders parece ser que tenía contratadas algunas pólizas de entierro que no pudo anular, y trata de cumplir con ellas para que no le lleven de nuevo ante los Tribunales. Se cree que el muerto era uno de los asegurados. Al ocurrir el fallecimiento, su esposa telefoneó a la oficina de Sanders, y como éste se encontraba allí porque acababan de soltarle, ha venido a toda velocidad. Eso es lo que he podido sacar en limpio de las declaraciones de los de ahí abajo.

Nick extrajo de su bolsillo un arrugado paquete de «Winston», ofreció al capitán, que rehusó, y él encendió un cigarrillo intentando aparentar calma. Pero notó que Patterson le observaba con perspicacia.

—Tú también estás nervioso, Nick.

—No puedo dominarlo, Patterson. Diablos, esto empieza a ser superior a mis fuerzas. No sabemos contra quien o contra qué luchamos, y eso empieza a deshacerme los nervios. ¿Cuánto cree que falta para amanecer, Patterson?

—Tres horas.

—En cuanto amanezca, si como espero no le ha ocurrido nada a Nadine Shelley, hemos de conseguir a toda costa que salga de Nueva York. A pesar de que creo firmemente que el asesino —sea quien sea—, ya no podrá asestar su golpe si transcurre esta noche. Es preciso que Nadine se aleje de la ciudad. Que se vaya al otro extremo del país, a San Francisco por ejemplo.

Patterson le puso una mano sobre los hombros.

—¿No lo sentirás, Nick?

—Lo que hubo entre Nadine y yo es cosa muerta. Muerta de verdad, aunque a veces ni yo mismo pueda creerlo. Además, no va a estar en San Francisco toda la vida. Sólo hasta que capturemos al asesino de Persica...

—De acuerdo. Será mejor lo que tú dices. Pero... —de repente Patterson pareció tener una idea—. ¿Y si la sacásemos ahora? Hay un avión que sale dentro de cuarenta y cinco minutos...

—No me parece aconsejable. Aquí sabemos que Nadine está segura y bien custodiada, mientras que para sacarla a la calle tendríamos que salir al vestíbulo, donde hay otras puertas; tomar un

ascensor que alguien puede inmovilizar entre dos pisos. Salir a la calle y cruzar toda la acera hasta un coche... No, Patterson, estas cosas no me parece aconsejable hacerlas hasta que amanezca. La noche puede ser un auxiliar demasiado bueno para el hombre que mató a Persica Nibols.

El capitán afirmó con la cabeza y tomó el teléfono que estaba sobre la mesita.

Habló durante cinco minutos con la oficina nocturna de una compañía aérea y lo dispuso todo para el viaje de Nadine a la mañana siguiente. Luego, sentado en una de las butacas, volvió a mirar a Nick con perspicacia.

—Tengo mucha confianza en ti, muchacho —dijo hablando lentamente—, y la prueba de ello es que te he ido a buscar y hago caso de tus sugerencias como si tú fueras el capitán y yo el teniente. Pero me revienta una cosa, y es tu forma tan reservada de hablar. ¿Por qué no me cuentas de una vez lo que ha ocurrido aquí mientras yo buscaba a Sanders abajo?

Nick se sentó junto a él e hizo rodar el cigarrillo, sin darse cuenta, entre sus dos dedos índices.

—Mientras usted estaba abajo, capitán, se han encendido las luces en el departamento contiguo, el que está vacío.

—Pero ¿qué dices...?

—E inmediatamente han vuelto a apagarse.

El capitán intentó sonreír para fingir que estaba tranquilo, pero en realidad sus labios se distendieron en una mueca.

—¿Quién puede estar en el departamento vecino?

—Teóricamente, nadie, Y además me habían dicho antes que la luz estaba cortada en ese departamento.

—¿Se pueden encender las luces desde aquí y desde abajo?

—Es posible que haya otro interruptor en el departamento del conserje, o que por alguna razón las luces de ese departamento están conectadas a las generales del edificio, que se encienden y se apagan a voluntad desde la conserjería. Pero yo tengo la sensación de que las han encendido y apagado aquí mismo, en el departamento vecino.

—Eso significa que alguien ha logrado conectar los hilos conductores a la instalación general de la casa. Quién sabe si hoy o antes de hoy. Pero ¿por qué lo ha hecho? ¿Sólo para llamar nuestra

atención?

—Posiblemente el asesino me haya querido atraer así hacia el departamento vecino, mientras él acababa con Nadine. Pero he pensado que aquello podía ser una trampa y he vuelto. En todo caso, no le habrá quedado tiempo para su maniobra.

—Pero ¿quién podía ser ese asesino? ¿Sanders?

—Sanders o cualquiera de los centenares de personas que hay en el edificio. Pero vamos a suponer que sea Sanders; al menos ése es el sospechoso número uno. Ha visto que usted le estaba buscando abajo y ha logrado despistarle subiendo hasta aquí. Sabía que el departamento contiguo estaba vacío y con la instalación eléctrica cortada. Ha hecho, un sumario y rápido empalme de los cables, y las luces se han encendido para atraerme. En ese momento sólo quedaba protegiendo a Nadine el detective que está a la puerta de su dormitorio, y un solo hombre muere en menos de un segundo. Pero yo he regresado aquí antes de lo que Sanders suponía y por eso no ha podido ultimar su plan. Dos hombres eran demasiado para él. De manera que ha retrocedido y ahora estará esperando una nueva oportunidad.

—¿En el departamento contiguo?

—Al menos ése es el sitio que elegiría yo para permanecer al acecho.

Patterson se pasó un dedo por entre el cuello de la camisa y la piel, como si no pudiera respirar fácilmente.

—Entonces hay que hacer una cosa, Nick: registrar ese departamento.

—Quizá es eso lo que está buscando el asesino: que uno de nosotros al menos abandone la vigilancia para trasladarse al lugar que él mismo ha elegido. Entonces podrá asestar el golpe. ¿Qué necesidad hay de registrar el departamento vacío; capitán? Aunque el asesino esté ahí oculto, nada podrá hacer mientras no consiga llegar hasta el dormitorio de Nadine Shelley.

—¿Crees entonces que eso de las luces es sólo una añagaza para atraernos fuera de aquí?

—Yo sólo digo que podría serlo.

Patterson respiró con cierto alivio. Las conclusiones del teniente le parecían sólidas y lógicas, unas conclusiones cargadas de sentido común. Y en eso, ¡qué diablos! Nick tenía razón. Mientras ellos

permaneciesen allí vigilando, ya podía el asesino rabiarse en el departamento contiguo durante toda la noche. Incluso la situación tenía algo de divertida.

—Todo consiste en esperar —dijo, sintiéndose extrañamente aliviado—. Si analizamos bien la situación, no es tan mala como parece. Dame uno de esos cigarrillos, Nick.

Nick se lo dio.

Mientras lo encendía, el capitán murmuró:

—¿Y si para mayor seguridad bajásemos las persianas metálicas de la terraza? Sólo con eso eliminamos casi por completo la posibilidad de que alguien llegue desde el departamento vecino.

—Es buena idea.

Nick se levantó, intentó mover la cinta que subía y bajaba las persianas y advirtió entonces que esa cinta no se tensaba y que era igual que una serpiente muerta.

—Los muelles están rotos —dijo—. Esto empieza a ser demasiado misterioso, Patterson. ¿Cómo diablos ha conseguido llegar el asesino hasta aquí y estropear esto para que no pudiéramos aislar la terraza?

El cigarrillo que el capitán tenía en los labios cayó al suelo.

—El asesino no ha podido llegar hasta aquí, Nick, y tú lo sabes. A menos que el asesino seamos tú o yo.

Nick y Patterson se miraron fijamente.

Y en aquel momento sonó el teléfono.

Patterson se acercó al aparato lentamente, sin dejar de mirar a Nick, y lo descolgó. Era el detective a quien habían dejado de servicio en la puerta exterior del rascacielos.

—Alguien trata de subir, capitán...

—¿Aquí? ¿Y para qué cuerno quiere...? ¿Es que se trata de algún otro policía? ¿O del dueño del rascacielos tal vez? ¡Sea quien sea, dígame que se vaya al infierno!

—Si lo hago me temo que haya barullo, capitán. Se trata de un detective particular, y ya sabe que esos tipos tienen a veces buena prensa. Son capaces de armar un alboroto.

Patterson miró a Nick. Éste parecía haber comprendido, a pesar de que no oía la conversación. Hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Que suba —dijo Patterson por el auricular—. Pero tiene que

cachearlo. No quiero que entre aquí con armas, ¿entiende? ¡Con ninguna clase de armas!

—De acuerdo, capitán.

El detective de la entrada colgó.

—Un investigador privado —explicó Patterson con voz ronca—. ¿Para qué diablos vendrá ahora un tipo así? No creo que Nadine haya solicitado los servicios de un detective.

—Caso de haberlo hecho, no podríamos impedirselo. Pero de todos modos no creo que sea eso. En fin, pronto lo sabremos.

Los ascensores ultrarrápidos del edificio debían haber transportado ya al desconocido hasta allí, porque en aquel momento oyeron cómo sonaba el timbre de la puerta.

Patterson mismo fue a abrir, dominado por la impaciencia. En el umbral vio al detective que guardaba la entrada, el cual tenía la mano derecha descansando sobre la funda axilar. Y junto a él un tipo alto, ligeramente encorvado, con los ojos grises y la piel de los pómulos un poco estirada. Era un tipo joven, y a pesar de su delgadez daba sensación de agilidad y fortaleza. Patterson lo examinó de pies a cabeza en un segundo.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Anthony Mortimer, detective privado con despacho abierto en Washington. Usted es el capitán Patterson, supongo.

—Acierta.

—Pues no digo que celebro conocerle. Me ha ofendido usted haciéndome cachear por uno de sus hombres. Y le pido ordene que me sea devuelta inmediatamente mi pistola. Tengo licencia para su uso.

—Aquí dentro no la va a necesitar. Cuando salga del edificio, el agente se la devolverá.

El recién llegado se encogió de hombros, pero su rostro reflejaba descontento y hastío.

—De todos modos, lo considero una vejación innecesaria, capitán. ¿Puedo entrar en el departamento?

—Pase.

La puerta se cerró mientras el detective que la guardaba dejaba de apoyar su derecha en la funda sobaquera.

Los dos hombres pasaron al vestíbulo.

—Le presento al teniente Nick Janiro, de la Brigada de

Homicidios —dijo Patterson—. Y ahora siéntese. Le sepa mal o no, va a sufrir una especie de interrogatorio.

El desconocido se sentó, y su extraña sonrisa de oriental hizo que se atirantara más la piel de sus pómulos.

—¿Quién es usted? —preguntó Patterson—. Quiero que lo repita ante mi compañero.

—Anthony Mortimer, detective privado con residencia en Washington —recitó aburridamente el otro—. Aquí está mi licencia. Puede examinarla y olerla cuantas veces le parezca.

El capitán la examinó y la olió, ésa es la verdad. Pero cuando devolvió la credencial, aún no estaba muy convencido.

—Puede ser una falsificación, aunque estaría bien hecha —dijo—. Más de una vez me he encontrado con cosas así. ¿Y tiene usted siempre la costumbre de trabajar a estas horas, Mortimer?

—Se trata de un caso muy urgente. Yo trabajo para la Compañía Wallace de Seguros Generales.

—¿Podemos comprobarlo?

—Pongan una conferencia a las ocho de la mañana, cuando se abren las oficinas, y les darán de mi cuántos datos precisen.

—A las ocho de la mañana ya no necesitaremos consultar nada —dijo Patterson—. Pero ¿qué tiene que ver la Compañía Wallace con Nadine Shelley, la inquilina de este departamento?

—Nadine Shelley nada tiene que ver con lo que me trae aquí. Pero en este lugar ha sido asesinada Persica Nibols hace algunas horas.

—Sí.

—Y Persica Nibols tenía un seguro de accidentes en nuestra Compañía por valor de un cuarto de millón de dólares. El seguro de accidentes cubre toda clase de muerte violenta, incluido el asesinato.

—¿Y la compañía de seguros le ha enviado aquí con esta urgencia para que realice una investigación?

—Tengo que comprobar que no se trata de un suicidio. Les molestaré poco, capitán. ¿Tendría inconveniente en que yo viese todo el departamento, y en especial la habitación donde fue hallada la muerta?

—No se trata de un suicidio —dijo Patterson abruptamente.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque la cinta con que Persica fue estrangulada estaba anudada a su cuello. Y ninguna persona en el paroxismo de la muerte por asfixia tiene fuerzas para hacerse un lacito ella misma.

—Lo comprendo, capitán, pero de todos modos yo he de realizar mi informe. Actúo dentro de la Ley y además les molestaré poco. Ustedes tienen que ayudarme.

—Estamos protegiendo a una mujer —dijo el capitán.

—¿A Nadine Shelley? ¿Por qué?

—Porque es posible que la misma persona que asesinó a Persica quiera también asesinarla a ella. Por esa causa no dará usted un paso sin que le acompañe alguno de nosotros. Y ésa es también la razón de que le hayamos despojado de su arma.

—Lo comprendo.

Nick habló entonces por primera vez:

—¿Dice que ha venido desde Washington? Habrá tenido que emplear el avión por fuerza.

—Sí.

—¿Tiene su pasaje?

Mortimer enarcó las cejas, hizo una especie de gesto con los labios y al fin susurró:

—He tirado los restos del billete al descender del avión. Pero... ¿es que van a sospechar de mí?

Nick y Patterson cruzaron sus miradas durante un instante.

—Hemos de sospechar de toda persona que intenta acercarse a este departamento —dijo el capitán—. Y si usted no puede justificar su viaje, podemos perfectamente pensar, que estaba ya en Nueva York cuando ha sido asesinada Persica Nibols.

—Pero... ¡pero eso es absurdo! —a juzgar por los gestos de Mortimer parecía como si éste no se hubiera encontrado en una situación así en toda su vida.

Pero ello no hizo sino aumentar los recelos del capitán. Cualquier persona que intentara acercarse allí aquella noche era un sospechoso. Y Mortimer lo resultaba por varios motivos.

Nick Janiro, mucho más tranquilo que su superior, habló por segunda vez:

—¿Quién es la beneficiaria de esa póliza?

—Una mujer llamada Lorena Sheydon.

—Jamás la oí nombrar.

—Creo que ejerce la Medicina. Ignoro qué clase de relaciones la unían con la víctima, pero sí puedo asegurarles que cobrará un cuarto de millón en cuanto se compruebe oficialmente que no ha habido suicidio.

Patterson miró a Nick.

—Esto hace cambiar las cosas un poco, amigo. Puede que Persica Nibols no fuese asesinada por la relación que tuvo con el caso de los brillantes, sino por un motivo completamente distinto: el deseo de beneficiarse con su muerte. Creo que nos interesa mucho dar con esa mujer llamada Lorena Sheydon.

Mortimer extrajo un papel, lo desdobló y dijo:

—Aquí tengo sus datos personales. Lorena Sheydon vive en Chicago, en Center Street, y como he dicho, tiene un consultorio, aunque ignoro si es en calidad de médico o de simple practicante. Ha cumplido veintisiete años hace poco. La Compañía no le ha comunicado que es ella la beneficiaria de la póliza, aun cuando es posible que se lo dijera la misma Persica.

—Muy normal —dijo Patterson.

—Y ahora que les he dado toda clase de explicaciones, ¿tendrán inconveniente en dejarme realizar mi trabajo?

—Sólo hay un inconveniente —dijo Nick.

—¿Cuál?

—Que existe un tipo, llamado Novalsky, que puede ser el asesino de Persica Nibols. Y a consecuencia de una operación de cirugía estética realizada en la prisión de Leavenworth, ignoramos la cara que tiene.

—¿Y eso tiene algo que ver conmigo? —preguntó Mortimer, quien ya empezaba a impacientarse.

Los ojos de Patterson estaban fijos en él, con tanta atención que incluso se habían achicado un poco.

—En efecto, no tiene nada que ver —dijo—. Puede ver el departamento, Mortimer. ¿Quiere ponerse en pie?

—Claro. Parece que al fin entran en razón...

Y el recién llegado se levantó de su asiento.

Pero en aquel momento Patterson se lanzó sobre él y sus dos manazas aferraron el cuello de Mortimer, sobre el que empezó a apretar como un verdadero loco.

VII

EL HOMBRE QUE NO TENÍA CARA

Mortimer cayó al suelo, derribando la butaca. Patterson quedó a horcajadas sobre él y empezó a apretarle el cuello algo más abajo, mientras le rompía la corbata y el cuello de la camisa. Los jadeos y los gritos sofocados de Mortimer fueron ahogados por las maldiciones y denuestos que lanzaba el capitán. El detective que guardaba el dormitorio llegó corriendo, con la pistola preparada, y se quedó paralizado al ver aquella escena.

Nick Janiro no intervino de momento. Se limitó a dar una larga chupada a su cigarrillo y a depositarlo sobre el cenicero de la mesita donde estaba el teléfono. Se había dado cuenta de que Patterson no quería estrangular a aquel hombre, sino tan sólo inmovilizarle y hacerle perder el conocimiento.

Se acercó al capitán y dijo:

—Bueno, Patterson, ya está bien.

Patterson soltó la presa. El otro se llevó las manos al cuello instantáneamente, jadeando mientras sus labios se llenaban de una espuma blanca.

—Cree que ya tenemos a nuestro asesino, ¿verdad? —preguntó Nick.

—Estoy seguro de ello.

—Deje que se levante, Patterson, No conseguirá usted nada castigándole así.

El capitán se puso en pie, permitiendo que el otro diera media vuelta y se pusiese a toser angustiosamente sobre la alfombra. Se oyó unos puños aporrear desde dentro el dormitorio donde estaba Nadine.

—¿Qué ocurre? —gritó la voz femenina—. ¿Qué son esos ruidos

de pelea? ¡Déjenme salir! ¡Nick, por favor, haz que me saquen de aquí!

Nick corrió hacia la puerta del dormitorio, seguido por el enano, que había abandonado momentáneamente su puesto.

—Tranquilízate, Nadine —dijo a través de la hoja—. El capitán Patterson quiere interrogar a un hombre. No sucede absolutamente nada.

—Si no ocurre nada, ¿qué significaban esos ruidos de pelea?

—El capitán estaba algo nervioso, pero ya se ha resuelto todo. Intenta dormir, Nadine.

—¡Dormir! ¡Dormir! —incluso desde el otro lado de la puerta se notaba que la mujer estaba a punto de prorrumpir en sollozos—. ¿Crees que se puede hacer eso cuando estoy prisionera dentro de mi propia casa? ¿Por qué no me dejáis salir de esta habitación?

—Porque es la más segura de todo el departamento, Nadine. Porque mientras estés ahí no puede ocurrirte nada. Apenas amanezca te prometo que saldrás de esta habitación.

—Pero, Nick, te lo suplico... —imploró la voz de Nadine—. ¿No te das cuenta? En la soledad; una imaginaria, toda clase de pesadillas. Tengo mucho miedo... Si pudiese estar ahí, hablando con vosotros, todo sería distinto...

—Espera aún un poco más, Nadine. Interrogaremos a ese hombre y luego podrás salir.

Se oyó al otro lado de la puerta algo así como un suspiro resignado y luego un sollozo que Nadine trataba de contener.

Nick Janiro, con el ceño fruncido, volvió al centro del vestíbulo.

—Esa mujer ha hecho muy mal en gritar —dijo Patterson ásperamente—. Ahora el asesino ya sabe en qué habitación la tenemos encerrada.

Y al decir «asesino» señaló con el mentón al hombre que estaba sentado frente a él, y que aún se acariciaba el cuello con unas manos enormes, huesudas y amarillas, unas manos de las que parecía desprenderse un extraño sentimiento de horror.

—Cree que este hombre es Novalsky, ¿verdad, capitán?

—¡Justo! El evadido de Leavenworth a quien hace un tiempo le cambiaron completamente la cara.

—¿Se funda en esas cicatrices?

Nick señalaba unas marcas rugosas que se marcaban en la piel

del cuello del que se había presentado como Mortimer, marcas como las que generalmente se producen después de estirarle a uno la piel de las facciones, en las operaciones de cirugía estética.

—Sí, se las he notado mientras hablaba. Y por eso le he desabrochado inmediatamente el cuello de la camisa al saltar sobre él.

—Las marcas indican que este hombre ha sufrido recientemente una operación, pero no demuestran que sea Novalsky —miró al hombre, que se aferraba nerviosamente a los brazos de la butaca—. ¿Qué clase de operación fue ésa, Mortimer?

—Cirugía estética.

—Entonces lo reconoce... —gruñó Patterson.

—No tiene más remedio que hacerlo así —opinó Nick—, porque las huellas son demasiado evidentes. Pero hay mucha gente que se somete a la cirugía estética hoy día. ¿Qué le hicieron a usted, Mortimer?

—Sufrí... uh accidente de automóvil y quedé algo deformado. Se hizo necesaria una operación, porque en mi oficio hace falta tener buena presencia. La misma casa de Seguros me la pagó.

—¿Sufrió quemaduras? —preguntó Patterson con suspicacia.

—Sí.

—¿A qué esperamos entonces, Nick? Creo que haber confiado en ti quizá sea un error, después de todo. Habitualmente eres un hombre decidido y esta noche no sé qué te ocurre. Piensas las cosas tres veces antes de hacerlas... ¿Qué necesitamos más para esposar a este tipo y llevarlo al Precinto? ¡Se trata nada menos que de Novalsky!

Sin querer había elevado en exceso la voz. Nadine debió oír la última frase a través de la puerta cerrada de su habitación. Instantáneamente se oyó un sollozo.

Debry, el detective que montaba guardia allí, se aproximó.

—Esta mujer está asustada, capitán...

—Déjela que llore. Pero puede advertirle a través de la puerta que ya no corre ningún peligro.

El diminuto detective se retiró, caminando con movimientos elásticos y seguros a pesar de su pequeña talla.

—Usted dice que llevemos esposado a este hombre al Precinto, capitán —continuó Nick Janiro—. Pero ¿ya está seguro de que no

cometemos una equivocación? ¿Está seguro de que es Novalsky?

—Todo le acusa, y si examinamos detalle por detalle veremos que hay muy pocas posibilidades de error. Prácticamente ninguna.

—Pero para su detención en el Precinto tendría que dar a esto un estado oficial, capitán. ¿Imagina lo que ocurriría si se equivocase? A mí no me gusta pensarlo.

Patterson se pasó otra vez el índice por entre la piel y el cuello de la camisa, como si ésta le molestase.

—Correré ese riesgo, Nick.

—Le sugiero otra posibilidad mejor.

—¿Cuál?

—Encerrar a este hombre aquí, hasta que amanezca. La cuestión no trascenderá más allá de estas paredes. Y si efectivamente es Novalsky tampoco tendrá ninguna posibilidad de asesinar a Nadine.

—Tu plan me parece arriesgado, Nick. No es prudente tener al asesino a dos pasos de su víctima.

—Pero ¿de qué asesino hablan? —gritó el recién llegado—. ¿Es que se han vuelto locos los dos?

—Es demasiado tarde para hacerse el niño cándido, Novalsky —dijo Patterson—. Esta vez has llevado las cosas excesivamente lejos. No es buen negocio meterse con excusas estúpidas en un lugar vigilado por la policía. Cuando mañana llegue tu fotografía desde el penal tendré suficientes elementos de juicio para presentarte ante el fiscal del distrito con una acusación de asesinato en primer grado. Te habrá sido fácil acabar, con Persica Nibols, pero no podrás tocar un pelo de Nadine Shelley. Y dentro de tres meses como máximo estarás en la silla eléctrica.

Aquellas palabras no parecieron impresionar lo más mínimo al hombre a quien iban dirigidas. Entornó los párpados como para disimular la mirada maligna de sus ojos y musitó:

—Pagaré esto, capitán. Se lo juro.

—Si tratas de amenazarme te hago aporrear por tres polizontes en el Precinto y luego digo que te insolentaste con nosotros.

Nick dijo entonces:

—Hay un indicio que me hace pensar que tiene usted razón, capitán. Los ojos de este hombre están cambiando de color. ¿Recuerda lo que se contaba de Novalsky?

—Sí. Que cuando se irritaba, sus ojos adquirían un extraño color

rojo.

—Mire a ese hombre con detención.

Patterson volvió la cabeza para escrutar aquellos ojos, pero el otro había bajado ya los párpados.

—¿Y aún insistes en no llevarle al Precinto, Nick?

—Será mejor que no corramos ningún riesgo, capitán. Hagamos las cosas con calma.

Se puso en pie, tomó por un brazo al que ya consideraban como su detenido y lo llevó al cuarto ropero del departamento.

Había allí una ventana, pero el hombre que intentara salir por ella sin contar con cuerdas o alguna clase de ayuda estaba destinado irremisiblemente a una muerte horrible en el asfalto situado a ciento cincuenta metros más abajo.

Pedía considerarse que aquel hombre estaba allí tan seguro como en el Precinto de Policía.

—Ya no tendremos que preocuparnos por el departamento contiguo —dijo Patterson—. Vacío o no, ese departamento no oculta nada. Tenemos a Novalsky en nuestras manos.

Nick cerró la puerta con llave.

—Es extraño que no haya protestado más —dijo cuando el capitán y él estuvieron solos nuevamente—. Le hemos detenido sin pruebas y la actuación de usted ha sido muy poco académica.

—¿De veras crees que un tipo como Novalsky va a protestar cuando le detenga la policía, Nick?

Pasaban en aquel momento frente a la habitación donde estaba encerrada Nadine. Ella golpeó la puerta otra vez.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada, muchacha. Creo que hemos detenido a Novalsky.

La voz de Nadine reflejaba verdadero terror.

—Nick, por Dios, déjame salir.

Nick dio vuelta a la llave, que estaba en la cerradura por la parte exterior, y empujó la hoja de madera. Nadine Shelley, temblorosa y gimiente, se arrojó en sus brazos.

—¡No quiero estar sola! ¡No quiero estar sola ni un minuto más, Nick! ¡Dejadme estar con vosotros hasta que amanezca! ¡No puedo soportar más este horrible silencio de la habitación cerrada!

Nick la llevó hasta el vestíbulo. Ella se dio cuenta enseguida de que la luz lunar penetraba de una forma espectral a través de los

cristales de la terraza.

—¿Por qué no la habéis cerrado?

—Alguien ha estropeado a propósito los muelles que tensan la cinta.

Nadine palideció aún más, mientras se tapaba la boca con sus dedos temblorosos.

—No es posible...

—Y eso es lo que me ha hecho decirle que no lleváramos a ese hombre al Precinto, capitán. Aunque tenemos indicios para creer que puede ser Novalsky, por mi parte no estoy seguro de ello. Y hay un detalle: Si Novalsky pensaba entrar aquí fingiéndose Mortimer, ¿por qué lo preparó todo para penetrar a través de la terraza?

El capitán lanzó una imprecación en voz baja.

—No demos más vueltas a este asunto, Nick.

En ese momento se oyeron unos golpes en la puerta tras la que habían encerrado al detenido.

Nick se acercó para preguntar con voz tranquila:

—¿Qué ocurre?

La voz se oyó claramente atravesando la hoja de madera.

—¿No han dicho que el departamento vecino estaba vacío?

—Así es.

—¿Y no son del departamento vecino las ventanas que veo desde aquí, en el ángulo del edificio, a unas quince yardas de distancia?

Nick tragó saliva lentamente.

—Sí.

—Pues las luces estaban apagadas cuando yo he entrado y ahora están encendidas. ¡Quieto! —la voz se quebró durante unos segundos—. ¡Vuelven a apagarse!

Nick llamó desde allí:

—Capitán...

—¿Qué hay, Nick?

—Salga a la terraza, por favor, y vea si están encendidas las luces del departamento vecino.

—¿Qué clase de broma es ésta?

—Salga, se lo suplico.

El capitán salió y volvió a entrar en el vestíbulo al cabo de unos breves minutos.

—Se han encendido y se han apagado dos veces en un instante,

Nick. O tratan de llamar nuestra atención o las está manejando un loco.

Nadine se pegó al pecho de Nick Janiro mientras su garganta lanzaba un ronco estertor de miedo.

—Será mejor que vuelvas a encerrarte, Nadine —dijo él.

—¡No quiero estar encerrada ni un minuto más! ¿Y qué necesidad hay de ello? ¿Qué vas a hacer?

—Quiero registrar bien ese otro departamento. Y como puede que esas luces sean una treta para hacerme llegar hasta allí, es necesario que tú no estés expuesta a un disparo por sorpresa. Vuelve a encerrarte en ese dormitorio, Nadine.

—Nick, te lo juro, allí tengo mucho más miedo...

—No se trata del miedo que tengas, sino del peligro que corres. Se lo suplico, capitán, enciérrela mientras yo paso por la terraza.

El capitán la tomó dulcemente por un brazo.

—Vamos, Nadine; esto será mejor para todos —y volviéndose—. Si necesitas ayuda haz un solo disparo, Nick.

El joven fue a salir a la terraza. Al abrir la puerta le hizo estremecer una corriente de aire frío. Empezaban las horas más glaciales de la noche, las que preceden al amanecer. La brisa hizo caer un delgadísimo objeto de adorno, tallado en bambú, que había junto a la biblioteca del *living*.

Nick lo puso en pie. Al hacerlo tuvo que mirar el libro sobre el que había caído. Era una obra titulada: «Nuestros amigos los monos». Junto a ésta había otra titulada: «Cazando pequeños monos en el África Austral». Y todos los libros más nuevos de aquella biblioteca trataban de temas parecidos.

Nick se encogió de hombros y salió a la terraza. Ahora las luces del departamento vecino estaban encendidas. Les rectángulos de las puertas se marcaban con absoluta claridad en las tinieblas de la noche.

Luego aquellas luces se apagaron y enseguida volvieron a encenderse.

Lo había dicho, el capitán: o intentaban atraerles allí, o todo, aquello estaba manejado por un loco.

Nick Janiro se acercó cautelosamente al seto que separaba las dos terrazas y, haciendo flexión con sus piernas, lo saltó limpiamente. Al encontrarse cerca de la zona iluminada se agazapó

y fue avanzando como si practicara una operación de guerra.

Sabía que si alguien había decidido atraerle hasta allí era para matarle. Resultaba inútil pensar otra cosa.

Vio a través de las vidrieras un vestíbulo muy parecido al del departamento de Nadine, el mismo que ya había vislumbrado al saltar por primera vez. Una de las vidrieras oscilaba muy levemente a impulsos de la brisa. Estaba abierta.

Nick, penetrando ya del todo en la zona de luz, la empujó rápidamente y puso un pie en el interior del departamento.

Lanzó una maldición.

En aquel momento las tinieblas volvieron a rodearle por completo.

Y lo peor era que aún no había tenido tiempo para formarse una idea exacta de la distribución de los muebles en la pieza. Tendría que avanzar a tientas, dando todas las ventajas a su desconocido enemigo.

Rápidamente cambió de posición por si disparaban, pero, al igual que había ocurrido antes, nadie abrió fuego contra él.

Poco a poco, tanteando los muebles y conteniendo incluso la respiración, fue avanzando.

De pronto creyó oír que alguien respiraba muy cerca de él.

Ya estaba allí. El asesino. El hombre que había matado a Persica Nibols y buscaba asesinar a Nadine Shelley.

Nick tensó todos los músculos de su cuerpo.

Y, con el impulso de una fiera, saltó...

VIII

EL REINO DE LAS SOMBRAS

Su cuerpo chocó contra algo duro, musculoso y recio. Contra el cuerpo de un hombre que también se había tensado dispuesto para la lucha.

Nick no estaba dispuesto a perder tiempo y sabía además que aquélla era una pelea, a muerte. Intentó golpear furiosamente con la culata la cabeza de su enemigo y éste la ladeó. El metal chocó contra un hombro recio y firme. Nick notó entonces, a la imprecisa luz lunar que penetraba por la puerta de cristales, que algo brillaba sobre su cabeza.

Se ladeó también y recibió el golpe en el cuello. La culata le arrancó una tira de piel. Nick cayó de rodillas e intentó abrazar las piernas de su enemigo para hacerle perder el equilibrio.

Recibió un rodillazo en el mentón y cayó hacia atrás, justo a tiempo para esquivar un puntapié entre los dos ojos.

Su enemigo parecía adivinarle, sin duda porque estaba más habituado a la oscuridad. En cambio a él le era imposible distinguirlo. Todos sus conocimientos de judo y de *catch* resultaban inútiles entre aquella legión de sombras.

Contuvo una maldición para que su propia voz no le delatase y dio varias vueltas sobre sí mismo por el suelo de la habitación. Oyó los pasos precipitados de su adversario, buscándolo. Nick contuvo la respiración y de repente saltó.

Ahora sus dos puños, uno de los cuales iba armado con la pistola, se movieron con precisión de resortes. Su misterioso enemigo recibió los mazazos en plena cara y cayó hacia atrás, gimiendo. Nick tanteó el suelo y le conectó luego dos salvajes puntapiés, procurando buscar el hígado. Tuvo la seguridad de que

al menos uno de los golpes había llegado bien a su destino por el estertor angustioso que se oyó en la oscuridad.

Pero aquel tipo debía estar modelado con piedra o con fibras de acero. Su capacidad de resistencia era asombrosa. Inmediatamente saltó hacia atrás y, cuando Nick se arrojó al suelo para sujetarlo, ya no lo encontró en el sitio que antes ocupaba. Sólo la oscuridad le envió su respiración cortada, jadeante, de hombre que está intentando por todos los medios no caer a tierra.

—Será mejor que se entregue —susurró Nick—. Tengo una pistola en la mano y no vacilaré en emplearla.

Demasiado tarde comprendió que había cometido un error al delatar su posición al enemigo. Una repentina inspiración le hizo arrojar a tierra con toda la velocidad posible mientras, frente a él brillaba un fogonazo. Su misterioso enemigo, sabiendo que estaba perdido en la lucha cuerpo a cuerpo, no había vacilado en emplear la pistola.

La detonación no sonó. Nick sólo llegó a oír un lejano taponazo, como si el arma llevara silenciador. Y, de pronto, la oscuridad se llenó de colores y de luces que se encendían y apagaban, cada vez más cercanas. No se dio cuenta de que su frente acababa de chocar contra el suelo hasta que algo viscoso le empapó la cara. Hizo esfuerzos para levantarse y mil lucecitas empezaron a girar locamente en torno suyo.

No llegó a perder el conocimiento del todo. Se daba cuenta de que la bala le había rozado la cabeza y de que no tenía fuerzas para moverse. Respiró intensamente, haciendo acopio de todas sus energías, y se llevó la mano izquierda al parietal del mismo lado, Pudo señalar la herida con absoluta precisión, como el que toca una llaga. Lanzó, un gemido y tuvo que permanecer de bruces unos instantes más, respirando fatigosamente.

La bala sólo le había producido una rozadura, pero lo bastante profunda para causarle la sensación de vértigo que se aproximaba mucho a la pérdida total de los sentidos. Sólo a su experiencia en situaciones como aquélla debió Nick el no quedar completamente exanime. Pero oyó los pasos de su enemigo que se alejaban presurosamente.

No apretó el gatillo porque no distinguía a nadie, y hubiera sido estúpido rociar con plomo las sombras.

Transcurridos un par de minutos se levantó, guardó la pistola y empezó a tantear las paredes en busca de un conmutador. Al hallarlo lo hizo girar y una luz blanca iluminó la estancia.

Estaba en el vestíbulo que antes había visto, y desde luego completamente solo. Cerca de él, a sus pies, había una mancha de sangre.

Puesto que el departamento parecía ser igual que el de Nadine, fue al cuarto de baño y encendió también la luz. No esperaba encontrar a su enemigo porque sabía que éste tendría mucho interés en que no le viese la cara y se habría ocultado bien. Nick se miró al espejo, se restañó la sangre hasta que ésta dejó de brotar y acto seguido se limpió la herida con agua oxigenada que había en un armario-botiquín. Fue entonces cuando se fijó en que en un borde de la pila del lavabo había dos cabellos.

Nick los recogió y los depositó sobre su pañuelo, doblándolo luego cuidadosamente.

Hecho esto registró el departamento, encendiendo todas las luces a su paso.

No había más que dos habitaciones amuebladas, el vestíbulo y un dormitorio. Lo demás estaba bastante descuidado y cubierto de polvo. No había huellas visibles de zapatos en el pavimento.

Al llegar al tablero donde estaban los contadores de luz, y fuerza, se fijó en que la instalación estaba completamente entera. No había sido cortada la luz al departamento, sino que lo que se había hecho era bajar la palanca interruptora. Y esa palanca fue subida por alguien, dando paso a la corriente, justo en el instante en que él movía el interruptor en el vestíbulo. Seguramente había sido una casualidad que los dos hechos coincidiesen. Recordó que había movido dos veces el interruptor; la primera cortó la corriente que debía estar dada; y a la segunda la abrió paso de nuevo, justo cuando alguien subía la palanca de la instalación general.

Pero ¿quién? ¿La misma persona contra la que había luchado? Era difícil suponer qué pudiera moverse con tanta agilidad. Entonces, ¿se trataba de dos personas distintas?

Recuperado completamente de su vértigo, Nick salió nuevamente a la terraza del departamento, dejando las luces encendidas.

El capitán. Patterson, intrigado por la tardanza, le estaba

aguardando ya al otro lado del seto.

Lanzó una maldición al ver a Nick con las ropas desordenadas y algunas huellas de sangre.

—¿Qué ha ocurrido? —barbotó—. ¿Es que estaba el asesino ahí dentro?

Nick, sin contestar aún, saltó el seto, y al hacerlo tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

—En nombre de los infiernos... ¿qué ha ocurrido, Nick? —barbotó el capitán—. ¡Habla de una vez!

—Era verdad lo que suponíamos, capitán. Ahí dentro había un hombre.

—¿Y has peleado con él?

—Sí, y he tenido la mala suerte de atizarle un par de golpes muy precisos. Eso le ha hecho decidirse a usar su arma. Ha tirado a matar y sólo por un cuarto de pulgada no me ha volado la cabeza.

—¿Le has visto la cara?

—El departamento estaba a oscuras. Él debía estar más acostumbrado a las tinieblas y seguramente me distinguía en parte, aunque yo no podía ver nada. Y el tipo aquel se movía como una lagartija, capitán. Igual que si tuviera cuatro patas. Pero ¿qué importa eso ahora? Lo esencial es que ha estado a punto de dejarme seco.

—Tenía un silenciador, ¿no?

—Iba bien prevenido.

—¿Podrías describir a ese tipo?

—Era muy fuerte y tenía los hombros cuadrados y duros.

—¿Lo has perseguido?

—Al rozarme la bala he sufrido como un desvanecimiento, aunque sin llegar a perder del todo el sentido. Entonces he podido oír sus pisadas que se alejaban velozmente, creo que hacia la izquierda. Como es lógico he registrado el departamento después.

—¿Y no lo has hallado? —preguntó el capitán con incredulidad—. Por aquí no ha podido salir ya que yo lo hubiese visto. Por la puerta del departamento tampoco ya que lo hubiese visto el detective que está de guardia en el vestíbulo. ¿Es que no te das cuenta, Nick? ¡Tienes al asesino entre esas cuatro paredes!

—¿El asesino?

—No te entiendo, Nick.

—Dejemos esto ahora. Patterson. Pero por primera vez empiezo a ver con alguna claridad en este asunto. ¡Y lo que veo no me gusta!

Fue a encaminarse hacia la puerta de la terraza, pero Patterson le sujetó por las solapas con cierta brusquedad.

—¡Explícate, Nick!

Los ojos glaciales del teniente contemplaron a su superior.

—No he dicho que lo vea todo, capitán. He dicho únicamente que empiezo a ver algo. Y he dicho también que no me gusta. Supongo que más adelante la situación me gustará mucho menos todavía.

—No te entiendo.

—Cuando empiece a atar cabos con más precisión se lo explicaré todo, capitán. E imagino que a usted tampoco le va a hacer ninguna gracia.

—Pero ¿te das cuenta? —gruñó Patterson—. Si no te conociera tan bien diría que estás borracho, Nick. ¡El hombre que te ha atacado tiene que estar todavía entre esas cuatro paredes! ¡Y tú no te has molestado ni tan siquiera en buscarlo a conciencia!

—No estaba en las habitaciones, Patterson; de eso estoy seguro. Claro que en el departamento tiene que haber por fuerza un escondite que yo no haya visto todavía.

—Tu obligación era buscarlo.

—¿Me está acusando, Patterson?

El capitán, que aún mantenía las manos cerradas sobre las solapas de Nick, las retiró lentamente.

—No es eso, muchacho. Perdona. Pero date cuenta de que has perdido una magnífica oportunidad.

—No la he perdido. Casi podría decir dónde está el hombre que me ha atacado. ¿Recuerda que ese departamento sufrió hace poco una inundación y que se abrió un hueco en una de las paredes? Seguramente esa pared correspondía a un armario interior.

—Sí, lo recuerdo.

—Pues bien, el hombre que me ha atacado tiene que estar forzosamente oculto en ese hueco.

Los ojos del capitán brillaron.

—Nunca me he encontrado en una situación como ésta, Nick. Tenemos detrás de nosotros un crimen y sabemos que se va a cometer otro. Hacemos todo lo posible para dar con el culpable y tú

logras acorralarlo en un hueco de la pared. Entonces... ¡en nombre de todos los diablos!... ¿por qué no te interesa detenerlo?

—Porque nos llevaríamos una sorpresa, capitán. Y además una sorpresa completamente inútil.

—No es hora para jeroglíficos, Nick.

—Cuando vea las cosas más claras se lo explicaré todo detalladamente, capitán. Pero por el momento estamos perdiendo el tiempo. Hemos abandonado los dos nuestros puestos de vigilancia.

Patterson pareció sobresaltarse.

—Había decidido no hacerlo, pero... ¡infiernos! No sé qué ocurre esta noche.

—Si lo que yo pienso es cierto, habrá ya otra persona en el departamento, capitán.

—¿Otra... persona?

—Compruébelo.

Los dos hombres se encaminaron hacia la puerta de cristales que daba acceso al vestíbulo.

Y antes de llegar a abrirla vieron que dentro, efectivamente, había otra persona distinta de las que antes se encontraban allí.

Patterson hizo un respingo.

—Pero ¿qué es esto?

Y Nick dijo tranquilamente:

—Ya lo ve, capitán. Una mujer...



REDONDO

la sensación de que el cadáver sallaba sobre ella

IX

LA DESCONOCIDA

Y no era una mujer cualquiera.

Llevaba un vestido rojo con un abrigo blanco echado sobre los hombros, unas finas medias de nylon y unos zapatos negros de tacón audaz y delgadísimo. Tenía todo lo que los hombres dicen que han de tener las mujeres y muchas cosas más que los hombres no dicen. Había en ella todo lo que marcan los reglamentos y un diez por ciento más en concepto de carestía de la vida. Si Patterson no hubiese estado pensando solo en crímenes y criminales, habría lanzado un auténtico alarido al verla.

Pero lo único que dijo, fue:

—¿Cómo está usted aquí?

—Me llamo Lorena Sheydon.

A Patterson no pareció decirle nada aquel nombre, en el primer momento. A Nick sí.

A espaldas del capitán examinó la situación. Todas las puertas estaban cerradas. No se veía a ningún detective, pero era de suponer que continuaban en sus puestos. Ni Nadine ni el hombre que se había presentado como Mortimer, encerrados en dos habitaciones distintas, hacían el menor ruido.

Toda la casa estaba en silencio y parecía como si hasta las paredes acechasen algo.

Y allí, enfrente de los dos, aquella extraña mujer con las piernas cruzadas y una seductora sonrisa en los labios, igual que si en aquella casa, en lugar de cometerse un crimen, se hubiese celebrado poco antes un desfile de modelos de París.

Patterson susurró:

—¿Lorena Sheydon?

—Ha oído usted antes este nombre, capitán —dijo Nick a su espalda—. Si Mortimer ha dicho la verdad, ella es la beneficiaria del seguro de accidentes de Persica Nibols.

Hubo un ligero estremecimiento en las espaldas del capitán, quien no se dio cuenta de la importancia de la situación. Pero hizo esfuerzos por ir siguiendo un orden lógico en sus preguntas.

—¿Cómo ha entrado aquí, señorita Sheydon?

—Ha sido la cosa más sencilla del mundo. Tiene usted un detective abajo y otro en la puerta. A los dos les he explicado el objeto de mi visita y me han dejado entrar.

—¿Y cuál es el objeto de su visita?

—Ver a Persica Nibols.

Patterson se estremeció, ahora claramente. Comprendió de pronto por qué sus hombres la habían dejado entrar tan fácilmente. Extrañados como él mismo, habían pensado que aquella mujer podía ser una pista importante.

—¿Ver a Persica Nibols? —susurró.

—¿Es que no vive aquí?

—Ya... no.

—Tenía un departamento junto a Central Park, lo sé —dijo rápidamente Lorena Sheydon—, pero ella me citó aquí. Dijo que la encontraría con toda seguridad esta noche.

—¿Cuándo la citó?

—Anteayer.

Patterson respiró hondamente.

—¿Dónde vive usted, señorita Sheydon?

—En Milwaukee y en Chicago.

—¿Y ha venido hasta aquí solo para ver a Persica Nibols? ¿Puede decirme con qué objeto?

—Ella es mi paciente.

—¿De qué clase?

—Tengo el título de doctor en Siquiatría —dijo mirando a los dos hombres—. Estaba tratando a Persica por algo que no quería confesar a nadie.

—¿Qué padecía?

—Nada importante. Complejos. Estaba atemorizada.

Ella entrecerró los ojos para mirar al capitán con más atención, mientras en sus pupilas brillaba una chispa de alarma.

—¿Por qué me hace tantas preguntas? ¿Es que se ha cometido algún robo en esta casa?

—¡Bastante peor que un robo, señorita Sheydon! Un asesinato.

Ella se puso en pie de repente, como empujada por un resorte, y entonces pudieron admirar más plenamente la perfección y la armonía de las líneas de su figura. Fue como un impacto, como una revelación para los ojos de los dos hombres. Pero enseguida volvieron a examinarla los dos con mirada puramente profesional. Ella preguntó:

—¿Ha sido asesinada... Persica Nibols?

—Sí.

—Pero... —de repente pareció como si toda la entereza de aquella mujer fuese a vacilar. No obstante consiguió rehacerse y dijo—: No es posible que Persica haya sido asesinada. No tenía enemigos.

—¿No sabe que actuó como testigo y que estuvo envuelta en aquel proceso de los brillantes?

—¿Se refiere a los que se ocultaban en las ropas de los muertos que iban a parar a la funeraria de un tal Sanders?

—Exacto.

—Conozco bien esa historia. La leí en los periódicos y luego Persica me la contó. Incluso llegué a pensar que su temor prevenía de esa causa, pero no era así. Había otra causa más profunda.

—¿Y no se la confesó nunca?

—No. Jamás pude conseguirlo, a pesar de todas mis preguntas. Y anteayer me rogó que viniese a Nueva York porque tenía que decirme algo muy importante. La cita era... para esta noche.

Patterson sonrió agriamente.

—¿Cómo puede demostrarlo, señorita Sheydon?

—¿Qué quiere decir?

—Sencillamente que no creo una palabra de lo que usted me dice. Éstas no son horas de venir a visitar a una paciente, aunque esa paciente esté en tratamiento siquiátrico.

—Ella me dijo que al llegar a Nueva York, fuera la hora que fuese, viniese a verla.

—Sigo preguntando lo mismo: Demuéstremelo.

—¿Cómo iba a hacerlo? ¿Es que los pacientes han de llamar a sus médicos por medio de un notario para que la policía se lo crea?

—No se trata de eso, señorita Sheydon —dijo abruptamente el capitán—. Tememos que en esta casa pueda cometerse un nuevo asesinato y por ello hemos montado un servicio especial de vigilancia. En principio es sospechosa toda persona que trate de acercarse aquí sin un motivo justificado. Y usted no lo tiene.

Ella se volvió a sentar y miró a Nick.

—¿Usted también cree lo mismo? —preguntó.

—No he llegado a formarme todavía una opinión.

—Lo mejor será que no permanezca en este departamento —dijo Patterson—. El agente de servicio en la puerta exterior la custodiará hasta que amanezca.

—¿Qué es esto? —preguntó Lorena, irguiendo el poderoso busto—. ¿Una detención en toda regla?

—Una simple medida de seguridad.

Nick intervino entonces para decir:

—No hay razón para que no permanezca aquí. También tenemos a Mortimer.

—Novalsky —corrigió el capitán.

—Dele el nombre que quiera. Pero si tenemos a ese hombre aquí para poder vigilarlo mejor, ¿por qué no tenemos también a Lorena Sheydon?

—¿Y vamos a encerrarla en otra habitación? Esto no es una cárcel.

—Se trata, simplemente, como usted ha dicho antes, de una medida de seguridad. Esas personas sólo estarán aquí hasta que amanezca.

En aquel momento se oyó la voz de Nadine que llegaba angustiosamente desde el dormitorio.

—¡Déjenme salir! ¡Por favor, necesito salir de aquí! ¡Nick, díles que me dejen libre!

Los dos hombres descubrieron un brillo repentino en los ojos de Lorena Sheydon.

Patterson preguntó:

—¿Qué le ocurre?

—No sabía que en estos momentos hubiera otra mujer en la casa.

—Es Nadine Shelley, la inquilina de este departamento. Pero imaginó que usted sabía eso demasiado bien.

—¡Están locos!

Desde el otro lado de la casa seguían llegando las voces de Nadine, que parecía a punto de sufrir un ataque de nervios.

—¡Déjenme salir! ¡Dejen que salga de aquí...!

—Las víctimas quieren acercarse a sus asesinos —murmuró Patterson—. ¿Por qué esa mujer querrá estar tan cerca de los que han de matarla?

Lorena se estremeció.

—No le entiendo... —dijo con un soplo de voz.

—Nadine Shelley corre grave peligro de ser asesinada antes de que amanezca. Y hay tres personas aquí que pueden cometer el crimen.

—¿Quiénes?

—En una de esas habitaciones —siguió explicando el capitán con una extraña calma—, se encuentra encerrado un hombre llamado Novalsky, que puede tener motivos especiales de odio contra Nadine. Ha entrado aquí con una excusa muy poco clara y él puede ser uno de los que intenten cometer el crimen. Oculto en el departamento contiguo, que está desocupado, se encuentra un hombre llamado Sanders. Él también se vio envuelto en el proceso y tuvo motivos para matar a Persica y ahora a Nadine. Y por fin usted...

—Pero yo no me he visto envuelta en ningún proceso —se defendió Lorena—. Sólo por los periódicos me enteré de aquellos siniestros manejos...

—Eso es lo que debe demostrarnos —dijo Patterson.

—Olvida una cosa —interrumpió Nick mirando a su superior—. La situación es más complicada todavía. Todos los sospechosos detenidos esta noche se encuentran ahora en libertad. Y cualquiera de ellos puede llegar, mediante tretas más o menos hábiles, a este departamento. El rascacielos tiene varias salidas de urgencia y numerosos tramos de escalera de incendios.

—¿Es que quieres demostrar que la situación es más difícil aún, Nick?

—Al contrario. La situación es muy fácil. Espantosamente fácil, diría yo.

—No te entiendo —el capitán se había puesto encamado y su voz era ronca—. Antes también sabías que iba a venir aquí otra

persona. ¿Por qué? ¿A qué viene el que tú sepas todas esas cosas, Nick?

—Quisiera no saberlas.

En ese momento se acercó el diminuto agente que vigilaba la puerta de Nadine.

—Acaba de sufrir una crisis de nervies, capitán. No hace más que llorar y yo diría que se ha tirado al suelo. No podemos tenerla allí encerrada sin hacer algo por ella.

—Si es así sáquela. Le daremos algo de beber.

—Saque también a Mortimer —advirtió Nick.

—¿A ése? ¿Por qué?

—¿No ha dicho antes que las víctimas se sentían atraídas por los propios asesinos? Ahora podemos comprobarlo.

—No te entiendo, Nick, pero si algo ocurre tú serás el responsable. Que saquen también a Mortimer.

El detective volvió a los pocos instantes acompañado por el hombre y la mujer. Mortimer parecía sereno, pero Nadine había perdido el control de sus nervios y estaba deshecha en llanto.

Los dos miraron con curiosidad a Lorena Sheydon.

—¿Quién es? —preguntó Nadine.

—La señorita Lorena Sheydon, médico siquiatra que tenía en tratamiento a Persica Nibols.

—¿Y qué hace aquí?

—Persica le había dicho que viniera a Nueva York porque tenía que decirle algo muy importante.

Nadine se acercó a Nick y apoyó la frente en su pecho, mientras hacía esfuerzos para contener su llanto.

—¡Oh, Nick, esto es insufrible! ¡No puedo más! ¡Te juro que no puedo más!

—Vamos, Nadine, ánimate. Necesitas beber algo.

—La situación no deja de tener gracia —dijo Patterson con sorna—. He aquí a la víctima... ¡y dos personas que pueden asesinarla! ¡Todos en la misma habitación!

—No veo que tenga nada de particular —dijo Nick—. Mientras estemos nosotros aquí será imposible que alguien intente cometer un crimen.

El capitán miró nerviosamente su reloj.

—Pero aún falta bastante para que amanezca. Empiezo a tener

los nervios al revés. ¡No vamos a estar casi dos horas aquí, mirándonos la cara!

—Dos horas pasan pronto, capitán. Y si usted piensa en los datos que ahora tenemos sobre este asunto, se le irán en un soplo.

—Pero ¿no te das cuenta, Nick? ¡Si tenemos aquí precisamente a dos sospechosos y a la víctima...!

—Haga una cosa. Ordene a los detectives que se concentren todos en esta habitación y que tengan las armas preparadas. Nadie podrá salir ni entrar. Y los que están aquí tampoco intentarán nada sospechoso.

El capitán lanzó un par de rancos gritos ordenando a los detectives de guardia que se concentrasen en el *living*.

Luego dijo:

—Pareces triste, Nick. No te preocupes porque tienes razón. ¡Con tanta vigilancia aquí no va a pasar nada...!

Nick se encogió de hombros. Desde luego no estaba alegre.

Fue a la terraza para cerrar bien las puertas de cristales.

Y en aquel momento se apagaron todas las luces de la casa.

X

ALGUIEN VA A MORIR

El capitán lanzó una maldición en voz alta mientras Nick se volvía rápidamente y gritaba:

—¡Cuidado, capitán! ¡Cubra a Nadine con su cuerpo!

Se oyó un grito ahogado, un grito de mujer, y un forcejeo. El capitán lanzó otra maldición, ahora más retumbante. La luna se había ocultado y en este momento no penetraba ninguna claridad por la puerta de cristales, pero Nick tuvo la sensación de que alguien pasaba junto a él, casi rozándole. Oyó el chasquido metálico de la puerta de la terraza, al abrirse.

En aquel momento uno de los detectives encendió una linterna.

El disco de luz, desorientado al principio, dio una rápida vuelta por la habitación. Luego se proyectó sobre la zona donde antes habían estado reunidos todos los personajes. Y alumbró sólo al capitán Patterson, que con su cuerpo intentaba proteger a Nadine Shelley.

¡Lorena y Mortimer habían desaparecido!

Fue Patterson, al darse cuenta, el que primero lanzó una imprecación ronca, casi gutural. Extrajo su pistola y miró a todas partes, como buscando unos enemigos que ya no estaban allí.

Nick vio que la puerta de la terraza oscilaba a impulsos de la brisa. Estaba abierta.

—¡Han huido por ahí! —gritó Patterson.

—Sólo uno de los dos —cortó Nick—. Y yo he sentido casi su roce. Diría que ha sido la mujer.

—¿Por qué no la has detenido? ¡Maldita sea! ¡Repito que no te entiendo esta noche, Nick!

—Yo sí que me entiendo, capitán. Mortimer ha huido por la

puerta y Lorena por la terraza. Ahora es posible que estén los dos en el departamento contigo.

—¡Desde donde pueden preparar tranquilamente el golpe contra Nadine!

Nadine sollozaba. El disco de luz de la linterna tembló. Y en aquel momento se encendieron todas las lámparas.

Patterson tenía los nervios a flor de piel. Entrechocaron sus dientes.

—Pero ¿qué es esto? ¡Vamos a dar inmediatamente una batida, Nick!

—No deje sola a Nadine, capitán.

—¡Al infierno Nadine! ¡Sólo empezará a estar segura cuando yo capture a esos dos tipos y los meta entre rejas! ¡Ya se han terminado las contemplaciones por esta maldita noche!

Fue en dirección a la puerta exterior mientras los detectives le seguían. Nick señaló una de las butacas, precisamente aquélla en que había estado sentada Lorena Sheydon.

—Mire, capitán...

En la tapicería de la butaca había una pequeña mancha de sangre.

El capitán pareció quedar, perplejo unos instantes. Luego, reaccionó con violencia.

—¡No tengo tiempo para perderlo ahora en tonterías, Nick! ¡Vamos todos al departamento vecino! ¡Tú por la terraza!

Nick obedeció. Pero así como el capitán no tenía, ningún plan, él sí que lo tenía.

En el suelo de la terraza era posible distinguir algunas levísimas gotas de sangre. Lorena, ágil y joven, debía haber saltado el seto bien. Nick hizo lo mismo. La cabera ya no le dolía y, por el contrario, la tenía ahora más clara que nunca. Pero hubiese querido no ver las cosas con tan absurda nitidez.

Sabía que Nadine estaba sola ahora.

Las luces del departamento, desocupado se hallaban apagadas. El ser que manejaba los conmutadores de los dos departamentos lo hacía con una diabólica rapidez. Nick penetró en el *living*, que ahora ya conocía perfectamente, y fue siguiendo el pasillo más amplio del departamento, que era lógicamente el que tenía que seguir por instinto una persona que huyese.

Y vio, efectivamente, la espalda de Lorena, que avanzaba a tientas por el corredor.

Algo se movió de pronto frente a ella. Algo parecido a una garra enguantada de negro.

Nick, que tenía la automática dispuesta, hizo un solo disparo entre las sombras. Lorena lanzó un grito y se volvió. Casi chocó con él, envueltos los dos por el humo acre de la pólvora.

—¡Dios mío! —gimió ella.

—No tema. Soy Nick Janiro, el teniente de la Brigada de Homicidios. No corre ningún peligro mientras esté junto a mí.

—Pero... —gimió ella—, algo se movía frente a mí, en ese recodo. Algo que...

—Lo he visto. Una mano.

—Pero... esto es absurdo.

—No lo es, aunque ahora no lo entienda. Por el contrario es todo espantosamente lógico. ¿Quiere volver conmigo al departamento de Nadine Shelley?

Mientras decía esto la sujetaba ya con suavidad pero también con firmeza, para que ella no se evadiese. Lorena susurró:

—¿Es que trata de detenerme?

Nick no contestó. Se oía un violento tumulto en las habitaciones del departamento. Sonó una detonación cuando ellos salían a la terraza.

Lorena se estremeció, pero él no la dejó volver atrás. Apartó el seto para que la mujer pasase. Vio que estaba levemente herida en el hombro izquierdo y que desde allí se deslizaban por el vestido unas gotitas de sangre.

Dentro del departamento estaba Nadine, sola, con las manos crispadas y la cabeza hundida sobre el pecho.

Alzó la mirada al oír abrirse la puerta de té terraza.

Y en ese momento, por la puerta del departamento, entraron Patterson y sus detectives llevando dos hombres: uno era Mortimer, que se revolvía e intentaba escapar. El otro, con huellas aún en su rostro de haber sostenido una pelea poco tiempo atrás, era Sanders.

—Ya están aquí los pájaros —gruñó el capitán triunfalmente—. Sanders fue el que antes intentó asesinarte, Nick. Llevaba una pistola e hizo dos disparos cuando estábamos casi sobre él. Creo que hemos tenido que agujerearle la mano.

Mortimer aullaba:

—¡A mí no me tocarán! ¡Yo nada tengo que ver con esto! ¡He huido de aquí porque tenía miedo! ¡Sólo porque tenía miedo!

—¡Ya explicará eso en el Precinto! —rugió el capitán—. ¡Y allí tendrá que confesar además su verdadero nombre!

Mortimer se aquietó. La situación parecía resuelta. De hecho, allí no había ocurrido nada.

El agente que antes montaba guardia en la puerta principal resumió la situación cuando dijo:

—Bueno, no sé por qué tanto drama. Hemos estado en tensión toda la noche, pero al fin y al cabo no se ha cometido ningún crimen.

Fue entonces cuando Nick Janiro rió con una risa ronca, cruel, extrañamente amarga.

—No... No se ha cometido aún ningún crimen —susurró—. Y todos creemos que el asunto está resuelto. Pero el crimen va a cometerse...

Su voz se convirtió en un estertor cuando gritó:

—... ¡Precisamente ahora!

XI

EL SECRETO DE LA NOCHE

El capitán Patterson lanzó un grito.

¿Se había vuelto loco Nick Janiro?

¿O era él precisamente el culpable?

Estuvo a punto de creer en esa segunda posibilidad cuando vio al teniente extraer su pistola con una rapidez instantánea.

Patterson lanzó otro grito, más semejante al rugido de una bestia herida que a una voz humana.

Y entonces Nick disparó...

... ¡Disparó contra Nadine Shelley!

Nadie se había fijado en ella hasta que la pistola giró en su dirección. Brotó el fogonazo y el afilado estilete que Nadine llevaba en la mano derecha, dispuesta a atravesar con él el corazón de Lorena Sheydon, cayó a tierra mientras ella se llevaba al pecho la mano atravesada.

—Pero ¿qué locura es ésta? —aulló Patterson cuando los ecos del disparo aún vibraban en el aire—. ¡Habla, Nick!

—No dejen que Nadine se mueva.

—¿Nadine? ¿Por qué?

Y Nick respiró fuerte, con cansancio, antes de decir:

—¡PORQUE ELLA ES LA QUE ASESINÓ A PERSICA NIBOLS Y LA ÚNICA QUE TRATABA DE COMETER UN CRIMEN ESTA NOCHE!

Ahora fue la misma Lorena Sheydon la que musitó:

—Antes noté que alguien caía sobre mí y trataba de hundirme un estilete en el corazón, alcanzándome sólo en el hombro

izquierdo. Por eso me asusté y huí. Pero... ella... Si no la había visto nunca... si no es posible...

—Ella tampoco la había visto nunca a usted, Lorena; sin embargo, tenía que matarla.

—¡No lo entiendo! —gritó Patterson—. ¿Qué locuras estás diciendo, Nick?

—Ninguna locura, capitán. Por el contrario, todo es muy lógico y lo comprenderá cuando resuma los hechos. Nadine y Persica, cuyos auténticos medios de vida no eran realmente conocidos por nadie, fueron las que hace un tiempo cometieron el crimen y robaron aquella fabulosa fortuna en brillantes. Todos sospechábamos que el príncipe hindú que luego murió asesinado tenía una cita con su asesino, y nada más lógico que ese asesino fuera una mujer bonita. Yo llegué a esta conclusión durante mis investigaciones, pero no pude descubrir nada más y por eso pedí que se diera carpetazo al asunto. Luego Nadine y Persica, una de las cuales había cometido el asesinato mientras la otra le guardaba el terreno, se pusieron de acuerdo con Sanders para guardar los brillantes durante una larga temporada, ya que no ignoraban que la policía siempre aclara esos crimines siguiendo la pista de las joyas. Y se desarrolló todo el siniestro asunto del cementerio de Brooklyn que fue descubierto más tarde. De entre los acusados sólo Sanders podía hablar, pero no lo hizo. Se dictaron unas cuantas sentencias condenatorias y el asunto pasó a ser uno más en los archivos de la policía.

Contempló a Nadine, que se apretaba la mano herida mientras le miraba con ojos llameantes, antes de continuar:

—Pero luego Persica se arrepintió —dijo—. En el fondo estaba aterrorizada de sus propios actos y sufrió una serie de complejos brutales que la llevaron a ponerse en manos de un siquiatra. Nadine, como es natural, pensaba que todo esto era muy peligroso para ella. Si Persica hablaba, podrían ir ambas a la silla eléctrica. Por eso decidió eliminarla y eliminar también a la doctora que la trataba y que era la única a la que podía haber explicado algo de lo sucedido.

Hizo una brevísima pausa para añadir:

—Pero cometer dos asesinatos no es fácil, si uno quiere que queden impunes. Por eso Nadine hizo tres cosas: la primera

amaestrar un mono.

—¿Un mono? —preguntó Patterson con la boca muy abierta.

—Exacto. Lo amaestró tan solo, para que pasara al departamento contiguo por los huecos que en el cielo raso se habían producido al reventar las cañerías hace un breve tiempo. Y también para que subiera y bajara la palanca de la luz y dejara un papel en un determinado sitio. O sea el papel amenazador que hemos encontrado hace unas horas en el armario ropero de Nadine y que sólo un animal semejante a un mono podía dejar allí. He llegado a esta conclusión al ver los libros que tenía Nadine y después de encontrar dos pelos del cuerpo de un mono en el lavabo del departamento contiguo. Ese animal abría y cerraba las luces a su capricho, como le habían enseñado, pero en la tensión de esta noche ha causado a veces el efecto de que la luz y la oscuridad se sucedían según la voluntad de una persona inteligente. En fin, dejemos ahora a ese personaje que no tiene ninguna culpa. Dentro de poco, cuando tenga hambre, bajará seguramente desde el tejado del rascacielos a ver a su dueña...

—Eso... es increíble —barbotó Mortimer.

—Por el contrario, es muy lógico según el plan de Nadine. Vamos a la segunda cosa que hizo: asesinar a Persica cuando ella le aguardaba en su propio dormitorio. Fue relativamente sencillo porque la víctima no hizo resistencia al dejarse cazar por sorpresa. Sólo dos minutos después la colocaba en el armario ropero, abría las puertas y fingía descubrirla. Ningún informe forense puede determinar con exactitud si una persona ha muerto cinco minutos antes o cinco minutos después. Ésta era la coartada de Nadine; nadie podría acusarla. Persica habría sido asesinada por alguien que también quería matar a Nadine. Por eso hizo la tercera cosa: fingirse amenazada...

—Empiezo a entenderte —gruñó Patterson—. Sigue.

—Hizo que encontráramos el anónimo en su armario y se fingió muy asustada por los sucesos. Dos días antes había escrito una carta, sin firma, a Lorena Sheydon, expresándose como si ella fuera Persica. ¿No recibió usted esa carta, Lorena?

Ella le miró asombrada.

—Pues... sí, claro que la recibí. Por eso vine. Se me decía en ella que viniese dos días después en el avión de la noche y que entrara

en el departamento a cualquier hora. Y que como podía correr peligro, trajese un arma de defensa y no diera mi verdadero nombre al obtener el pasaje aéreo.

—Naturalmente —dijo Nick—. Y así el crimen de Nadine iba a ser el crimen perfecto, cometido impunemente ante las narices de cinco o seis agentes de la Ley... ¡que luego no podrían acusarla de nada! Porque nadie castiga a uno que mata en defensa propia.

—¿En defensa propia? —preguntó el capitán.

—Así es. Nadine llevaba un estilete oculto entre sus ropas. ¿Qué tiene ello de extraño en una mujer asustada? Y viene a su departamento; justamente cuando todos sospechan que va a cometerse un crimen, una mujer lleva una pistola, que no puede demostrar cuándo salió de Milwaukee porque precisamente no dio su nombre auténtico al retirar el pasaje aéreo. Qué por consiguiente podía muy bien estar en Nueva York cuando fue asesinada Persica... ¡y que además es la beneficiaria del seguro de ésta! Espantosamente lógico y fácil, capitán. Los policías acostumbramos a situar a un lado al «asesino» y al otro a la «víctima», y en todas nuestras deducciones nos ceñimos a esta situación, a esa especie de esquema lógico. Pero ¿y si los términos cambian? ¿Y si el asesino está donde precisamente creemos ver a la víctima? Nadine sabía que no veríamos con claridad nada y que nos llevaría por dónde ella quisiese. Y en cualquier momento de oscuridad saltaba sobre Lorena, le clavaba el estilete en el corazón y decía que le había visto hacer un movimiento sospechoso. En efecto, en el cadáver íbamos a encontrar una pistola y una carta que parecería una coartada mal preparada. El veredicto de todo Jurado sólo podría ser uno: ¡defensa propia! En una palabra: el tan buscado crimen perfecto.

Todos los presentes estaban intensamente pálidos. Lorena balbució:

—Por eso intentó clavarme el estilete antes y luego me salvó usted la vida en el departamento contiguo, al que ella pasó por unos instantes...

—¿Cómo sospechaste todo eso, Nick? —preguntó Patterson.

—Cuando llegué a la conclusión de que en todo esto había intervenido un animal amaestrado, la luz, una luz triste y negra, Se hizo para mí. ¿Quién podía enseñar a un animal a moverse por unas habitaciones sino la misma persona que vive en ellas? A partir de

ese momento me fijé en Nadine y se me hicieron claros unos cuantos detalles, como por ejemplo su insistencia en estar en el *living*, adonde sabía que iba a ir su víctima...

—¿Y lo de Sanders? —barbotó Patterson.

—Muy sencillo. Una vez se encontró en la casa intentó que usted no le detuviera otra vez, capitán, y como el mejor escondite era el departamento vacío se ocultó en él. Naturalmente no era sólo ocultarse lo que pretendía. También buscaba la ocasión de hablar con Nadine, sospechando que ella podía marchar de Nueva York, para pedirle dinero a cambio de su silencio. En cuanto a Mortimer, se llama realmente Mortimer y está aquí por los motivos que nos ha explicado. Todo resuelto, capitán. Pero maldita la gracia que me hace...

En ese momento, Patterson gritó:

—¡Nadine!

Nick intentó saltar hacia la mujer, que ya huía en dirección a la terraza. Desenfundó su automática cuando ella salía al exterior. Gritó:

—¡No hagas locuras! ¡Aún puedes salvarte!

Ella intentaba ya pasar al departamento contiguo y trepar por la escalerilla de reparaciones a la torre del rascacielos. Sólo Dios sabía qué especie de locura la había acometido. En este momento, cuando Nick salió, ella estaba en equilibrio sobre la baranda.

El joven gritó otra vez:

—¡Nadine!

No había peligro de que cayera. La baranda era ancha. Nick suspiró aliviado cuando en ese momento algo oscuro y ágil saltó desde la torre del rascacielos.

¡El mono, que volaba al encuentro de su dueña!

Se oyó un grito desgarrador. Nadine Shelley, la que creyó que podrían cometerse dos crímenes perfectos, no pudo mantener el equilibrio ante el repentino peso del animal y cayó al vacío, mientras el simio lograba sujetarse en el último instante...

Nick se pegó a la baranda y se puso a maldecir en voz baja, a maldecir contra sí mismo mientras las lágrimas asomaban a sus ojos.

Lorena, a su lado, musitó:

—No podrá hacerse nada. Pero bajaré por si aún puedo

ayudarla.

—Hermosa profesión la tuya —susurró Nick con la cabeza baja —. Y noble. Más hermosa y noble que la mía.

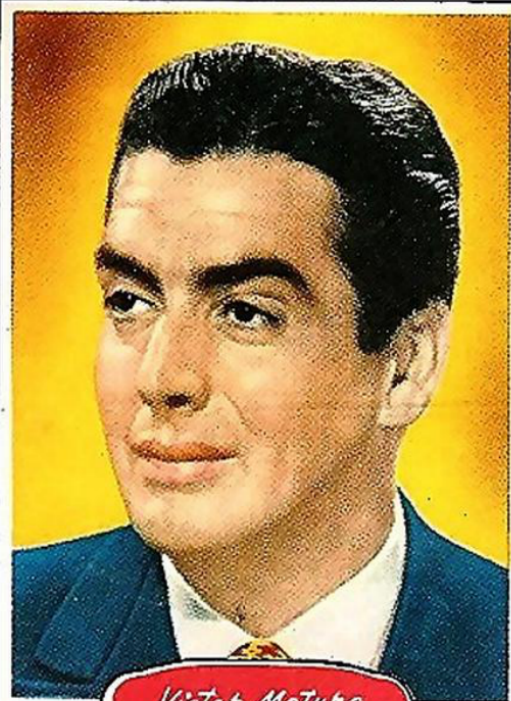
—Si quieres aprenderla ya te daré lecciones particulares... más adelante.

Y se alejó. De repente fue como si a Nick le arrancaran algo. Algo dulce y entrañable que le había consolado hasta entonces. Miró al vacío con los ojos empañados por unas lágrimas que no podía evitar.

Empezaba a amanecer.

FIN

★ ★ LLUVIA DE ESTRELLAS ★ ★



Victor Mature

★ N.º 879 ★

Protagonista de la película CinemaScope de
20th Century-Fox "Sábado trágico".

Foto 20th CENTURY-FOX



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - España

Precio en España 6 ptas. Impreso en España - Printed in Spain

